

**No se lo cuentes a nadie
(crónicas desde el moridero)**

Francisco Robledo



[canto rodado]

- © Francisco Omar Robledo Ramírez
 - © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
 - © Secretaría de Cultura
 - © Secretaría de Cultura de Coahuila
- Juárez 319, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Edición: Alejandro Beltrán
Diseño: www.amonite.com.mx

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México

Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Diciembre, 2019

Este libro es de distribución gratuita y sin fines de lucro.

Los Infames y otras derrotas en el páramo

I

Son quince a las ocho. El sol destella, cayendo a iluminar atrás de los cerros. El cielo se hace una mezcla de colores celestiales. La luna se parece a la tierra. Con ese detalle este páramo es el fin del mundo. Es un baldío entre la Saltillo 2000 y el fraccionamiento Portal Las Flores. Aquí se juega beisbol aunque por ningún lado esté diagramado un diamante. Lo que hay es un señor con sus perros acarreando chivas, vacas que vinieron a la poda. Rumian en el páramo. Yo sigo a Los Infames que reinician temporada después de un año de abandonar el juego por falta de equipo.

Es martes de 2019. Los Saraperos están por iniciar un clásico más que los empresarios ingenian contra Sultanes, y que arda la afición en porras, tamborazos y cornetas para dejar de ser los “ya merito”. El año que viene, el equipo cumple más de cincuenta años. “Maletas”, dicen los que conocen, hasta que, pasado el primer lustro y con esfuerzo, se forman hasta consolidarse el equipo profesional y competitivo que son. En Saltillo lo hizo posible el Comité Pro-Obras de la Catedral, con Jorge Torres Casso a la cabeza.

II

Es 1964 y el Estadio Municipal Saltillo, antes mansión de uno de los tantos generales de la Revolución, deja de ser campo de tierra y lo remueven de la calle Purcell y Ramos Arizpe, donde ahora es la secundaria Federico Berrueto Ramón. “Rumian animales en el páramo”, decían en los 70 los niños que vivían por el diamante de Saltillo. Eso no significa que ese campo haya sido el primero ni los de ahí los primeros juegos en la

región. Venido de Estados Unidos, en Saltillo comenzó a jugarse beisbol debido a la intervención americana: por cada sitio donde se libró una batalla contra ellos, el capitán del ejército norteamericano, Abner Doubleday, jugó este deporte y fue dejando ese gusto que, por hobby, dice la historia desmida en pies de página, inventó para después de hacer borbotear sangre. Belleza la de los hombres que no se cansan y hasta después de hacer la guerra les quedan ganas de jugar. Como aquel de Xalapa, donde, dicen, jugaron con la pata de palo de Santa Anna después de la toma del Cerro Gordo en 1847. La prótesis del general reside en el museo de un pueblo que se llama Springfield, y luce una pelota encajada. Dicen que el juego se dio en los jardines de un templo que construyeron alrededor de un hongo gigante, del tamaño de un árbol, y no sólo ese sino toda la fauna que ahora es casi extinta. Así se inauguró este deporte en México: de batalla en batalla lo fueron aprendiendo con la práctica. Se mataban y luego a jugar. Seguro porque la guerra es aburrida e incomprensible y el juego complementa el estado de ánimo perfecto.

III

Los brillos de las botellas rotas son los faroles, piedras trazan la distancia, el óxido en las latas también. Aquí, el incauto que cae deja la piel en ofrenda. Al final del páramo, y no es espejismo, Los Infames se parecen a Los Furias Beisbol, rivales que asesinaron a un Warrior en la película de 1979. Con estos desmadrados, ahora beisbolistas por aburrimiento, en la década pasada, dígame la podrida, los vi reír y bailar, contorsionarse, barbecuear; los vi acabarse expendios, fumar droga, vomitar, orinarse,

dormir; los vi lanzarse en patineta desde un techo, a millón de bajada, saltar escalones; los vi fracturados, reírse de la vida como si fuera un capítulo más de Los Simpson. El tiempo se encarga: ahora se juntan para jugar. En alguna parte de esa película yo morí o salí disparado a otra realidad.

IV

No he estado tan cerca del beisbol. Lo viví en la calle, con las piedras como bases, estorbando la pasada a los coches. Bateábamos con palos pelotas de trapo, un poco por la pobreza y otro porque siempre perdíamos la pelota y rompíamos el palo. El patrocinio de nuestros padres fue escaso, por eso el beisbol lo veo en los parques junto al mercadito de la Saltillo 2000, o en la Ciudad Deportiva. Es un deporte ejecutado por demasiados equipos en Saltillo, van desde hormigas hasta veteranos, y nunca me había sentido tan profesional jugando con guantes de carne, bat de asesino serial, pelotas que lastiman. Todo el equipo es prestado. Los Infames han jurado que ya van a comprar el suyo. Los Infames sólo me hacen recordar las veces que agarré raid por la carretera a Torreón. Ni siquiera hubiera imaginado sobrevivir para encontrarnos aquí, más ellos que yo, que desaparecí del barrio antes de convertirme en piedra lapidaria. Ellos no supe en qué circunstancia siguieron juntos, pero ahora unos son padres de familia, trabajadores y caguameros. Ya no hay tanto skate ni demencia a las tres de la mañana en la colonia que está detrás del penal. Nunca había visto uniformados y con la greña más corta a estos Infames y sus sonrisas y gestos que no han cambiado. El tiempo cansa, y es que no hay duda que en la actualidad terminar el día nos está costando.

V

El juego comienza y Los Infames se dividen en dos equipos: los de la Sur contra los de la Norte y 2000; o sea: Vatos Locos vs La Onda. Sólo han corrido unos minutos. Me toca en La Onda porque son los rumbos de mi antiguo barrio. Aquí no hay cascos, no hay zapatos profesionales, acaso un bat, pelota y nueve guantes; Pelucas ha zurcido tres. Alguno lleva el suyo. Esto se había desmenuzado porque el equipo era de Bolo, y se lo llevó a Mazatlán. El Nacho nunca trajo los guantes que dijo tenía. Ahora se los presta el Kiko. Se echan la botana. Es un pretexto más para pistear. No saben el nombre de las posiciones ni ingenian jugadas, pero la reta les ha dicho que juegan bien. El equipo que pierde pone más caguamas. La bronca se disputa si la pelota se pierde y se sancionan dándose doble base. Al final siempre pierden la cuenta, por eso ahora marcan las carreras en la tierra.

Una vez fueron al estadio municipal y se sintieron profesionales lanzándose y barriéndose. Pichaban y cachaban como nunca. Ha de ser porque juegan en el fin del mundo, donde ellos diagramaron el diamante a su imaginación, entre matorrales y escombros, no como las reglas del campo dictan. Esto es suficiente para cuerpos totalmente a punto de la destrucción. Están en esto tan organizados y lo último que recuerdo es a un grupo de amigos unidos por el vicio y el ansia de juventud que pensamos ya no existe en nosotros y que en algún lugar de la historia nos abandonó. Cada uno con una botella, con el pazón, con la tabla y el rock en saxofones desgarrándonos el oído, punzadas punk y corridos para cuando se estuviera muy ebrio. Lo que los une ahora es el beisbol. Juegan de maravilla. Los filders corren, todos se mueven y parece un ballet agresivo. Blasfeman. Se cachon-

dean a sabiendas de que no ganarán más saber quién tiene más habilidades. El pitcher engaña, el bateador se mueve, rectas, cruzadas, con efecto. Algunas bateadas, capturadas. Es un juego al que no pongo atención por su puntaje. Prefiero ver cómo todos siguen con la sonrisa y la mirada al otro. Es una gran conexión de personas construyéndose con el juego. En ese momento, en el páramo casi oscuro, unos hombres llegan, como si el cielo los hubiera escupido. Traen equipo, la sonrisa por delante y piden la reta. Entonces se desintegran Vatos Locos y La Onda para integrar a Los Infames. Van a la pelota los chicos de Padre Santo, como se llaman por el ejido donde viven, que está frente al basurero municipal. Pichan y pasan a que bateen Los Infames. Uno a uno van cayendo a manos del pitcher, que en vez de brazo tiene un cañón. No se distingue la pelota. El Gabino acierta, pero de nada vale su toque. El ampáyer la tiene en su poder, lo deja correr y casi llegar, sólo para demostrar con qué velocidad hace zumbar la pelota en el páramo.

Los Infames no hacen ni una carrera. En sus rostros se distingue la desesperación, saben que algo malo está pasando. Mandan al pitcher y ellos se ponen al bat. La primera curva y conectada por rebotes en el suelo. Pegan con tanta fuerza que la pelota no se sabe si se pierde en el cielo o en la tierra. Llegaron los nuevos dioses a conquistar el páramo. Nadie los esperaba tan agresivos, tan aguerridos y profesionales que si se enfrentan a los mismos Saraperos, seguro salen derrotados. Eso dice Kiko, quien va mucho al Francisco I. Madero.

Para que la situación se nivele, le dicen a los de Padre Santo que no lancen tan fuerte la pelota. Tienen miedo de recibir un balazo con cuero de cerdo.

Los Infames esperan su derrota, contentos porque al final hay humo y caguama y la costumbre de reír de las anécdotas del juego. Si quieren la reta en el fin del mundo, es de ocho a diez de la noche, los martes práctica, el jueves torneo.

Música para explotar la corneta

El escenario era lo de menos. Los Triciclo Circus Band estaban cerrando el festival de jazz callejero en Real de 14. Todos, o su mayoría, estábamos drogados, bebidos, llenos de sexo, pero ante todo no nos dejábamos de impresionar por lo que pudiera pasar. Había belleza histriónica en cada viajero que entraba a este pueblo mágico, y no eran pocos los jóvenes libres. Vaya modo de seguir la alienación de los medios que dicen eso para promover el turismo. No importó. El control de masas y el diálogo dirigido lo tenían los Triciclo. Las bandas que tocaron más temprano era el under al estilo Henry Cow y le siguió algo más clásico y tonto. Siempre buenos músicos, pero mis respetos para los cabrones que usaban nariz de payaso y ropa ya no tan pandrosa. No tengo muchos años, pero hacía más de un lustro que no me daba un clavado a un slam callejero.

Conmovido por el humor inteligente de los cabrones y sus ruidosos instrumentos de viento, me dieron ganas de llorar. Imaginen las calles rústicas del viejo 14 con un escenario discreto en el puente Zaragoza y los metales del Triciclo con un sabor a polka oaxaqueña, parados en medio del camino de piedra bola, rodeados de ruinas coloniales galopadas por esos años que no se nombran por vivirse. Bailamos efervescentes, creyendo que no terminaría.

Terminó la canción. El violinista tomó la voz en el escenario: “A ver, necesitamos un líder”. No se hizo esperar más cuando ya teníamos a un neohippie brincando, haciendo señas con la mano, como si las hiciera a un avión. “Tú”. El tipo se acercó. Un carnal entre hindú y prehispanico brincaba y su única rasta le bailoteaba en el centro de la mollera.

El violinista le dijo: “Tú, tú, tú, como brujo a punto de echar la suerte, tú, estás drogado”. Esa impertinencia pertinente era obvia, pero la onda no era troleear con una broma que en condiciones alucinantes, ni risa daba, pero a mí hasta la saliva me sacó. Volvimos a chupar ácido.

Le dijeron al líder que tomara la mano de una persona, quien iba a tomar la mano a alguien más y así sucesivamente. Esa víbora de la mar no se cantaba, su acéfalo era un líder serpiente bailarín que conducía el camino con la música de Triciclo como titiritero. El violinista volvió a preguntar al líder si podía con tal responsabilidad, a lo que el líder comenzó a saltar y abrirse camino mientras yo, a lo lejos, no veía quién le tomaba la mano a quién.

El violín apareció sonando quedo y nada de circo. Seguí con la vista al hippie que dirigía a los otros neohippies entre los hippies que una hora atrás fueron sillas vacías escuchando jazz. No sé quién ni a qué hora se tragaron las sillas. Ahora, el puesto lo ocupaban cientos de personas alteradas en el jazz, la fiesta, los viajes, los viajeros, el paisaje, la compartición, las ondas gruesas, las cosas chidas que van bien, las naciones, el intercambio y que todos estábamos hasta el ojote. El líder se acercaba a nuestra dirección, una especie de hidra. Cerca de mí estaba un carnal de rastas cortas con un sombrero mexicano, lo acompañaba una mujer del mismo color de piel y rastas. Llevaba un manto como la virgen, iba embarazada: parecía una María y el otro carnal un José con una cadena y un perro. Ambos en una época de los 30, pero en México, no en Tierra Santa. Con ellos se miró alguien con jorongo, bigotes negros y sombrero de paja. Traían su onda y la estaban cotorreando bien. Tenían los tambores en el suelo, frente a la hipérbole que formaban. El líder estaba detrás de ellos. En ese momento, el *auch*

me reventó. Lo sé porque en eso los Triciclo dieron un golpe con su música. Una polka oaxaqueña con ritmo violento y explotamos. Todo se me pausó. Así lo vi. El ambiente se movía lento, nomás la música llevaba el mismo ritmo golpeador. El líder atravesó por en medio de los tipos. Sacados de onda, el de bigotes y el de rastas impedían que les machacaran los tambores reteniéndoles el paso. Vi al de rastas paralizar a la víbora de la mar con la espalda. Entre Pípila y Sísifo, pero con otras intenciones. Arrancaron uno a uno los tambores africanos a los pies de la víbora. Conforme se retiraban, la escena fue Mufaza cayendo a la estampida; yo, el cachorro que se quedaba en shock. Vi cómo el de rastas se quitó cuando ya todo estaba a salvo, sólo los carnales acéfalos seguían el camino al escenario sin ver al piso.

Aquí la velocidad de la atmosfera recobró su naturalidad. El de rastas se quedó enchilado. Su vibra pudo con toda esa cola de locos que iban desmadrando el camino sin detenerse. Cuando la víbora llegó al escenario, se desplumó. El de los tambores se quedó con la vista perdida al frente, donde, eufóricos, todos se empujaban. Rechiflaba y gritaba algunas cosas. Dio el perro a su María, agarró una silla y la levantó por encima de su cabeza. Empezó a hacer como si la iba a estrellar a alguien, al mismo tiempo que bailaba un ska electrocutado.

No la estampó contra nada. La dejó en el suelo. Gritó como revolucionario y se tiró al montón, perdiéndose en su centro. Rápido acaparó el cuadro de mi vista el tipo del jorongo. Me daba la espalda, se quitó el sombrero, lo extendió por la copa, se puso en un pie y gritó exclamando algo y se lanza detrás de su compadre con el sombrero en alto. En ese instante, los Triciclo Circus Band reventaban los metales con la polka. A todos nos explotó la cabeza.

Cadáver de chico

Encabezaba la línea local para beber alcohol y tomar perfume de vez en cuando. Pero eso de las calles empieza afuera de las casas. Recorrí caminos que a veces fueron llanos y a veces cemento. La calle: esa hija de su reputa puedo decir que fue mi primera madre. A pesar de que lo primero que vi al nacer fueron manchas, me tiré el clavado en el ombligo del mundo. Camino tras camino y no se acabó. La calle es infinita y sólo se muere cuando se muero uno. He pasado por muchos de sus lenguajes y adquirí el instinto. A veces la vida es un trago de floripondio hervido, a rastras con las uñas, penas y lamentaciones; otras, es mirar el paisaje, disfrutar de saberes que no esperas ni pides. “La vida es vivir cada día al máximo”, me dijo el otro día la galleta de la suerte. Y así es. Estoy en la calle, como puta si usted quiere. Pero no una cualquiera, y es mejor dicho puto, como los carnales en Lecumberri cuando se significaban la amistad. “Mi puto”, se decían.

No me gusta vivir con pared y techo, pero tengo buenos amigos. Cuando salía de la casa era para jugar con los de la cuadra o ir a la escuela. Pasé de esquina a esquina, jugando escondidas e inventando jugadas para alejarme siempre más. En ese momento supe que la calle era infinita y nunca vería su final.

Un día salí de la escuela y me fui caminando por primera vez hacia adelante y sin mirar atrás. Era un peque trotamundos. Me encontré el sustento y la gente daba cosas. De eso vivimos los que habitamos la calle. Alimento y necesidades básicas me son satisfechas como si no existieran. Si me preguntan por mis padres, yo tampoco sé por qué no los extraño. Me han dicho estafador de sentimientos, que pertenezco a nada, que soy un loco, ignórenme,

ni siquiera tengo alter ego. Vivo al día en muchas calles porque habito el mismo cuerpo: mi casa, y en todas las calles que me encuentro me he de topar un muro que me signifique algo: un grafo, muchas casas habitadas y una que otra abandonada, ocupas, bares, librerías, peluqueras, el cine, el baño público.

Me deslicé en eso que los poetas llaman la lengua de plomo. Por aquí me encuentras. Insisto: no me gustan las paredes y los techos. El claustro de mi enfermiza situación se procura que el horizonte sea la cobija de mi habitación y el techo; el rostro del cielo; con un ojo de fuego que me da luz y un ojo de mar que me da paz. Ojos que me ven para que no me pierda. Ese rostro es mi Dios y él me cuida. La calle-caminar lo hago porque un día decidí no parar. Hasta que en cualquier momento otra reputa me atore en el ring. Una esquina y *nocaut*. El guantazo a la mandíbula de la vida. La lona es insomne y única cómplice de mi último latido mientras me seca el sudor como tierna madre.

Voy. Si tengo hambre como lo que tiran. Si todos comprendieran y le dieran vida a eso que la gente llama basura, yo ya no estaría aquí. Porque de “basura” pueden vivir mil más. Nada de problema alimenticio, de vestimenta, de dónde pasar la noche, si la noche es parte de la casa. No todos los que viven en la calle se sienten indigentes. La ciencia, la política, la sociedad, el pueblo nos catalogó así: los volados que traen la anarquía interior, gente que huele a orines, viste roto, llevan maquillaje de mugre y, a veces, no traen zapatos y la greña echa nudos. Y es que los que no nos hemos dado el putazo de Ítaca por volar de más, rechazamos las paredes y el techo, pero no todos los que habitamos la calle andamos andrajosos esquizoides. Si tengo patología, va en contra de la casa, el trabajo, la familia. Con los que están atados a las horas para que a

fin de quincena reciban un cheque tan corto que apenas se cobijan los talones. No todos tienen jacuzzi en casa ni una mucama que planche los calcetines mientras se decide si meterle la pinga ahora o después. Un refrigerador es bueno, la estufa y una alacena a medias. Un bebe que llora y una pareja que te pide dinero. Deudas, drogas o como le llamen. Me provoca vértigo. Sus aspiraciones son espejismos, divagaciones que ya no me creo.

Dicen que un mexicano sobrevive cuando emigra. Ya no cuento. Años que no aparezco por aquel mapa. En la calle andan los que no hablamos de exigencias. Los otros son muy de tener paredes, techo, luego hacen la guerra y se quedan en ruinas. Admito que he tomado piedras y las he lanzado a oficinas de gobierno en alguna parte del mundo. El coraje repulsivo me llevó a hacerlo. En la cotidianidad de un policía, el hombre que vive en la calle es un hombre loco, un ser que no vale la pena siquiera escuchar. Puedo decirles una maldición solamente para ver cómo reaccionan, y ya ni reaccionan. Todos los policías estudian lo mismo. Con un tipo de la calle no te metas: están chalados, que no sean ladrones y déjalos andar.

Nunca he deseado otra vida. Ni siquiera esa del dinero. Disfruto el camino de paisajes de la selva hasta lo más recóndito de Costa Rica, porque ella en su totalidad ya está consumada en el mall. Y aquella vez que nadie cree que desembarqué en Cuba.

Embarqué en un navío que llevaba víveres a Cuba. Me descubrieron al instante y no tuve problema. Vieron un marinero en mí. Les ayudé a pescar, trapeé, anudé y obtuve comida y estancia. Un par de ocasiones dormí dentro del barco. Era curioso, nunca pretendo a las mujeres. Una me dijo un día: “Eres acético, alguien sin apetito sexual”. Tal vez lo sea, pero esa vez conocí a una mujer

tan... algo. Era la cocinera. Nada gorda y siempre estaba comiendo. Incluso la miraba cuando veía el ojo de mar. Esa mujer tenía el camarote más grande por ser la única en la nave. Me invitó a dormir, como quien se encuentra un cachorrito, más que alguien que mete a un amante a su cuarto. Ella estaba en una cama y yo en otra, a oscuras. No platicamos mucho, recuerdo que nos levantaban muy temprano. El capitán vivía un mito: pescar los calamares al alba les daba mejor sabor. Yo no tenía ningún problema con ese gusto que muchos detestaban. Me gustaba afuera, ver el amanecer dibujado en el agua, como si navegaras en el cielo. Para eso faltaban horas. Estaba oscuro. Escuché su respiración emanando de esos pechos que se le inflaban despacio. No pude evitarlo y me la estiré. Fue mi primera vez. Ya tenía veinte. Cuando todo terminó, hubo dolor en mi vientre.

Me desacaloré. Tenía pena de estar tirado a un lado de su respiración, con un cansancio interno que no me gustó. Cuando llegamos a Cuba, me perdí. No evité casi llorar después de un mes en el agua y reencontrarme con las calles, siempre diferentes. Procuré que nadie me viera y escapé caminando derecho sin voltear atrás. Compartí el socialismo. Cosa bella que sólo puede lograrse en una isla. Recuerdo que la gente no pensaba en el dinero como en un poema. Nadie se veía preocupado y todos comían. Yo compartía una vivienda con un tipo que fue de los más ricos de la isla antes del movimiento. Nunca vi a ese hombre llorar un centavo de la fortuna que repartió la revolución. Muchas cosas lindas hasta que me descubrieron sin hacer nada. La mayoría de la gente estaba ocupada en algo. Cortando caña, educándose, haciendo servicio social, siempre haciendo cosas. Yo seguía en lo mismo, la calle y el jardín de la casa que te cuento. Me estuve por ahí un rato. En una

revisión para un discurso de Fidel, los policías me pidieron mi carnet. De inmediato fui expulsado. En aquel jardín se me quedaron varias de las pocas pertenencias que tenía, pues mi primera regla para habitar la calle es viajar ligero. Con lo menos que se pueda llevar, y si te decides que sea por algo de beber, eso te ayudará a ir más lejos sin que nada te detenga.

Variaciones de una conversación

Me quedé varado en Tuxtla. Soy de Saltillo. Ahora lacreo para vivir. Tuve una hija que murió al mes de nacida con una mujer bellísima que ahora se tira un brasileño. Tengo una casa vacía como esa canción de cantina. Me gusta más aquí. Como ves, podemos echar una guamita, darnos mona y, de vez en vez, un touch. Aunque en la avenida principal ya andan poniendo cámaras en los semáforos. Ahí viene el Escarabajo. Dejen lo presente.

Me llamo Ictán. Soy de la frontera de Guatemala, por Tapachula. Me moneo para escapar de la realidad. La mona es mi suplemento alimenticio. Si no consumo esto, me muero. Pertencí a los sueños trece. Tengo veintiuno, a los dieciocho ya me coleaba con matones. Caí al tutelar a los diecisiete. Homicidio. Un puñetas de la mara quiso violar a mi carnalita. Ella giritó y la escucharon. El Gonzo se peló corriendo. Fue ella quien me dijo que había sido él. Fui a buscarlo a su barrio y lo encontré. Era un güey mayor que yo, pero no se salvó de que le arremetiera la panza con un cuchillo. Se quedó tirado con el cebo de fuera.

Anduve un tiempo escondido, pero no resultó el suficiente. Me atraparon. Estuve viviendo en el techo de la casa. Alguien me vio por las noches, quizá en una de esas veces que me ponía de pie para estirar el cuerpo. Ya sabrás, con el calor y el sol que hace, antes vivo. Claro que mamá sabía: ella fue la que me escondió y la que me llevaba de tragar. De ahí me penaron con siete años, mandándome al tutelar de Tuxtla. Ya cumplida la mayoría de edad, me iban a dar cana. Lo chido fue que organizamos un motín. Todos participamos como si fuera una gran fiesta. Cientos logramos escapar. No me devolví a Guatemala.

Camina a sentarse. Recarga la escoba, abre su mochila y comienza a sacar hilos, trapos y una botella de plástico. Lo hace como sabiendo que ya llega a lo adulterado. Moja dos paños para inhalar activo: uno se lo pasa al saltillense; el otro, para él.

Tengo una carnala. Doctora. Ella me aliviana de repe. Le habló y le digo: “Hermanita, un depósito”. Se preocupa. Nos queremos. El pedo es su esposo y sus hijas. Me tienen como un desconocido. Sólo una vez me dieron alojamiento, pero no le di confianza al esposo. Creyó que iba a tirarme a mis sobrinas. Me fui pronto de ese lugar, no sin antes visitar la tumba de mis padres. Es una paradoja el que compartan tumba. Cuando se casaron, su matrimonio fue comprar cosas. Y entre esas, un terreno en el panteón. Luego se divorciaron. Se dejaron de ver y cuando murieron nadie hicimos algo para que no fueran a parar a la misma tumba. No vivieron, pero ahora mueren juntos. Espero ya hayan solucionado sus problemas.

Me gusta acá porque tiran mucha comida. Con darme una vuelta por la cuadra, almuerzo, como y ceno. Somos magos de lo ajeno. Yo barro banquetas. Siempre ando con la escoba. Parece que estoy en mis restos, pero todavía las puedo, y sí me dan trabajo en algunos locales, también algunas casas. Estoy jorobado y camino chueco porque me caí trabajando en una construcción. Me subieron a un andamio a que pintara una fachada. Me puse un resistol que estaba ahí. No recuerdo bien, pero de repente me vi tirado en el suelo. Me acuerdo que cuando me di cuenta de que estaba tirado, me levanté asustado y empecé a caminar, dicen que me tambaleaba; yo sentía una punzada en todo el cuerpo hasta bien adentro de los oídos. Gracias al Bendito no me maté. Nunca fui al seguro, ahí sí me hubieran matado. Por eso sigo vivo, dándole al mundo todo lo que espera de mí.

La amistad es un chulo que te pincha un poquitín para que no sufras

I

Eran los 80. Esa década, y parte de la siguiente, la pasé dopado. Nací chilaquil, antipoeta y bebedor. Soy del mero Nezahualcóyotl en la época del sida: todos estábamos contagiados. Ahora estamos muertos cerca de San Cristóbal de las Casas, arrumbados en una casa ocupa a la que nos invitaron a vivir unos punks del camino. Es un punto de reunión conocido por los roleros de Latinoamérica. Llegan de Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala, Colombia, a veces caen güeritos de Europa. La casa del pox-punk en los 80 fue el Disneyland de los maricas contagiados con verga sidoso y jeringas. Somos momias con rabia, olvidadas en la última habitación de la casa. Ya no mordemos, por eso vienen, charlan y fuman sentados aquí junto. Nosotros, los picotas, ya no salimos ni por luz de sol. Hablamos del movimiento con la efervescencia de los ayeres y nunca dejamos de ser otra clase social exterminada por el vicio a sus ideas. Vomitamos al Estado con consignas y siempre terminamos ebrios, como el bolero y el albañil, relegados al veneno del alcohol.

Fueron días de reprimenda. Dábamos asco a las familias tradicionales. La policía nos encerraba, los punks y las otras ideologías estaban perdidas en su limbo. Pusimos en huelga la bendita drogosa anarquía sexual que nos autodestruía. Después, ya ni a las tocadas podíamos ir sin terminar madreos por bugas de mierda. Un día conocimos a un argentino Nos platicó la onda de Sancris y emigramos para allá la Tomasa, el Jacinto y yo. Vivíamos en un rincón de la capital de Chiapas, ahí eran pocos los maricas en el

punk, aunque en otras ideologías abundaban. El pop comercializó la homosexualidad, haciendo de ella una mercancía a la que nombraron “gay” para domesticar el radicalismo que nuestra política sexual implicaba. Buscamos más que padecer de feminismo. Huiamos de la cultura de los jotos vergonzosos y entramos a Sancris como cucarachas fumigadas en *El almuerzo desnudo*. Los recuerdos de la vida se me vienen como náuseas de embarazada que no me hacen escupir ni gargajos. Estamos destruidos, pero estamos.

II

Nos dimos cuenta que huíamos no por la discriminación o fatigados de luchar. Avergonzados, evitamos que los seres que nos querían nos vieran extintos, esperpentos irreconocibles y fosilizados en el cochambre del que no salimos. Que pagaran el entierro, eso era demasiado para la economía de sus emociones. Nos educamos en el vagabundero, en oposición. Ahora fungimos como parásitos del arte de pensar. Cuando llegamos al pueblo, una vibra de las que anda ahí nos recargó y hasta nos dieron ganas de ir con los zapatistas. Para pronto estábamos en manos del punk, viviendo en La casa del pox. Allí corrían fanzines que el Gusano traía de Centroamérica. Había punks en el magonismo agrario, en la filosofía cuir latina y uno que otro en el pornoterror y el arte povera. Las Pistolas hacían protesta en las noches, tocando sus cacerolas nos embriagábamos de pox adulterado y bailábamos hasta que cimbrara la casa. En sus paredes ya no entraba otro grafiti y el suelo era un collage de basura y vidrios rotos. Luego dejamos el diálogo: perdimos el lenguaje y nos quedamos montados en el tío caballo. En mejores condiciones, solía vender el culo a quien fuera. Lo vendí más a los tzotziles. Ellos si soportaban con placer mi perfu-

me rancio. Sucios, les encantaba conmigo cuando traía las venas con mierda dentro. Por un poquitín de dope, allí amanecía. Abandonado, inservible, deleitando el piquete. Los días se volvieron interminables, como si nunca cambiaran. Así nuestras sensaciones: bombas que retrocedían el tiempo antes de hacer ¡Boom! después de tanto blablablá.

Nos daba hambre y nos largábamos al mercado a comer de la basura. Estuvimos al final de la casa, con la sexualidad revelada a la droga y a la bendita verga. El grito del punk no se nos salía sin mojas, sudor, peleas, anarquía, indigenismo, no antes de amanecer derribados de escalofríos, abrazando el retortijón del estómago. Somos un producto toxico y comercial más. Mártires cosificados que se besan con la aguja sólo para que el zombi del sida deje de mordernos.

A tus perros aullar esta noche

Vámonos en la noche al Pitillal. Un raid nos deja a unas horas de allí. “¿Apoco no les gustaría conocer el mar?”, proponía Carlo; Caín, su hermano menor, afirmaba la travesura viendo su dedo asomado por el agujero de su tenis. Timo se levantaba de la banqueta, era del tamaño de Caín. Dijo “Qué chido ha de ser dormir en la arena, con el sueño espantado por el escándalo del mar revolcándose”. “Nosotros estamos hartos de mantener las pedas del jefe. Yo me pelo esta noche”. “¡Fuga!, dijo Timo, yo no tengo a nadie desde que se murió mi jefa”. Caín se dejó de ver el dedo. “¡Fuga!, que mañana no quiero cargar la canasta de dulces y darle vueltas a la plaza desde bien temprano. Ya estoy harto de este pueblo rancio, mejor sí vámonos al Pitillal, al cabo ahí está cerca Puerto Vallarta. Si la gente tiene dinero, nosotros lo tendremos también”.

Los mayores estaban distraídos en su fruslería mímica y empujones. Carlos volteaba y le guiñaba un ojo a Caín, quien se ponía de pie y seguía a los mayores, que oscilaban entre los trece años.

Se reunieron en la plaza. Se colgaron unas mochilas ligeras y agarraron camino a la carretera Tepic-Puerto Vallarta. Hacía calor y la noche pintaba el cielo con estrellas. Bromeando y entusiasmados, los chicos caminaban por la orilla del camino. Ni un carro había pasado. Se detuvieron bajo el último farol. Decidieron no moverse hasta conseguir raid. Veinte minutos y nada. Los chicos no bromeaban, no hablaban de nada, miraban ambos caminos queriendo arrancar carros del negro horizonte. Entonces se oyó un ruido de motor. Las sombras de los chicos se extendieron en el monte cuando las luces del carro les encandilaron. Estiraron el pulgar. Cinco minutos después, los tres iban en la camioneta cabina y media.

“¿A dónde, chicos? ¿Viven en Santa Rosa, o en alguna de las comunidades de acá?”, pronunció una voz borracha, pero amistosa. Los tres niños iban apenados. Muy tranquilos y nerviosos de lo que ahora vivían. Ni siquiera conocían el rancho del que hablaba el hombre. Ni siquiera conocían otras tierras que no fueran las de su pueblo.

“Vamos a la playa, señor, ¿usted pasa por ahí?”

“Deberían estar con su pá y su má. No es muy seguro para ustedes andar en la noche por acá, el mar aún queda muy lejos. Tons, ¿de dónde son?”

“Somos del Pitillal”, seguía respondiendo Carlos.

“La verdad, por la playa no paso, pero les acerco antes de llegar al mar. Ese tramo no es nada comparado con lo que caminarían desde aquí. Sé lo que es vagar, lo hice cuando chiquillo, así como ustedes”.

Los chicos seguían callados, escuchando el sermón.

“¿Enserio no les da miedo? A mí no me fue bien. Cuando uno nace en pueblo chico, es nacer en una tumba, no hay a dónde ir”.

Se prolongó un silencio dado por la meditación que los niños tomaron. Carlos repuso:

“En lo personal, me gusta eso de andar por ahí, conociendo más que estar escapando. Y si nos pasa algo, allá nosotros. Pero solamente allá, ¿sabe cómo?”

“No hay pedo. Nos sabemos defender. ¿Se acuerdan cuando al Esteban le receté dos en la nariz?”, dijo Timo.

Los hermanos asintieron riendo burlonamente. Se carcajaban con el recuerdo del chorro de sangre saliendo de las fosas de Esteban y bañando su playera. De nuevo el silencio de sus voces, sólo el ruido de la camioneta atropellando el aire y la oscura transparencia del ambiente. El chofer prendió el radio.

Mucho canta, canta,
van a la calle y se espantan
y asaltan y matan,
pero ha, cómo dan lata,
tratan con lacras,
te vas a espantar,
y el gansta alta ni saca p'a gastar.
¿Por qué tan calle?
Pos porque me la vivo
y la vida que yo vivo
es gracias a lo que escribo,
no creo veo raperos hasta en cereales,
pero reales reconocen a reales,
ando con el ancla clavada en la blanca,
sin placas te atracan te agito calacas.
¡Sácate!
Venimos por rancho y vacas
de la mafia pa'ca
te quedaste patas flacas.

Timo cantaba bien prendido.

“¿Se puede fumar?”

“A huevo”, dijo el chofer abriendo otra lata.

Timo sacó la pipa de su pantalón y la enseñó a Carlos.

“¿Quieren?”

La pipa paseó por el rostro de todos. Nadie la tomó y Timo hundió la espalda en el sillón. Pasó un rato y los chavitos se arrullaron. El negro se vio tras los cristales. No pasó la hora y ya los tres se habían quedado dormidos. Había música y se escuchó re-

ventar otra lata de cerveza. El conductor, conforme avanzaba, miraba por el espejo a los de atrás y luego al de al lado. El tipo se sobaba la entrepierna y volteaba con Caín. Disminuyó demasiado la velocidad y le manoseó la entrepierna hasta que lo despertó. Las luces se detuvieron a un lado de la carretera. La naturaleza acechaba desde la noche. Una mano grande y sucia de grasa vieja seguía tocándolo. La sobaba con ansia a la vez que se sobaba la propia. Caín estaba paralizado y mudo. El conductor le pelaba los ojos y los dientes, amenazándole su resistencia. Gritó. Se bajó corriendo. El chofer fue tras él. Caín se hizo chiquito, poniéndose en cuclillas. Estaba meado en lágrimas. El chofer se desvaneció en la tierra. Timo seguía martillando su cabeza una y otra y otra vez. En su rostro estaba la misma cara que Caín vio en el chofer antes de bajarse. Carlos llegó con su hermano y lo abrazó. Timo lanzó como boomerang el martillo.

“Carlos, ayúdame a levantarlo”.

“¿Qué vamos a hacer?”

Caín seguía llorando y su hermano no lo soltaba, manteniendo mirada con Timo.

“Le dimos lo que se merecía”.

“¿Y cómo sabes que se merecía eso?”

“Pregúntale a tú hermano”.

Los hermanos no rezongaron y entre los tres arrastraron el cuerpo y lo subieron a la cajuela. Timo encendió la camioneta y los tres, en el asiento de adelante, continuaron el viaje. Timo se metió por la terracería hasta estacionarse frente a una pila.

“¿No la vieron, cabrones? Sí les digo, ¿entonces para qué los traigo?”

Bajó y se asomó en ella.

“Sí tiene agua”, dijo a los hermanos.

“¿Y?”

“Sí les digo, pues vamos a hundirlo”.

Con un mecate que se hallaron en la cajuela, le amarraron piedras y barrotes. El cuerpo tocó el agua y se perdió en el fondo donde se veía negro como el cielo. Caín llegó con una lámpara. Aluzó el agua y una tonalidad verdosa no los dejaba ver más abajo. En la superficie nadaban enroscándose miles de gusanos miniatura.

La camioneta llegó con las luces encendidas al Pitillal. La abandonaron en Soriana. Tomaron dinero, lo poco de valor que había y se fueron. Aún no amanecía y los chicos buscaban comida en algún puesto. De paso, se encontraron una casa sola, iban a entrar.

“No entren, no saben la que se arma con el viejo Turbo si los tuerce en sus aposentos”.

“¿Neta?”

“Te lo digo yo, carnalito, que son mis barrios. Miren, mejor vénganse, en donde duermo se pueden quedar”.

El viejo Turbo era otro show, nomás estaba esperando quién le cayera para acabárselo.

“Eso que dices para mí es puro choro, y si no, pos ya nos veremos. Mi carnalito y yo respetamos lo ajeno, y a este loco lo conocí desde los pañales, y mientras estemos juntos en la movida, nos haremos respetar”.

“Pensábamos que estaba sola”.

“No hay pedo, no entraremos”.

“¿Cómo te llamas?”

“Moá”.

Se fueron caminando por patios y luego otros terrenos. Brincaron una barda y un tanto más adelante estaba la playa. Ni tardos,

los cuatro corrieron al mar de ola serena. La playa estaba solitaria y a punto de amanecer. Nadaron, se embadurnaron de arena, corrieron, gritaron. Lo habían logrado.

“Hay que clavarnos. Los polis se llevan a los que viven en la calle”.

“¿Se los llevan?”

“Es zona hotelera y viene mucho extranjero a dejar lana. Nosotros le damos la mala imagen a sus playas y por eso nos buscan y nos desaparecen junto con los perros de la calle”.

“¿Los matan?”

“Tutelares, internados, cárcel, es lo mismo”.

“¿A los perros?”

Moa se apuntó en la sien y disparó un gatillo invisible. Siguieron caminando sin despegarse de la orilla del mar. Moa se detuvo, movió una alcantarilla y bajaron. Se hicieron camino entre basura y charcos. Habían llegado al pútrido hogar. El túnel los condujo hasta una parte donde se veía una luz inestable. Más de cerca se sintió el calor de las velas que alumbraban un espacio amplio, donde varios niños de su misma edad estaban echados, con un botellín metido en la boca.

“¿Han probado el resistol?”

Los tres dejaron de salir. Parecían vampiros: ojerosos, pálidos, resecos, muertos enchufados a un aparato sintético que les daba vida. Un día, después de quedar derribado un rato, Carlos se acercó a su hermano y le dijo que tenía hambre. Carlos, como pudo, se puso en pie y le dijo que saldrían. Afuera se encontraron a una pareja de gringos que, espantados, lanzaron de inmediato sus flashes. Los chicos ni se inmutaron, pues los güeros daban dinero a los niños de la calle.

“¿Viven allí abajo?”

“No, nomás entramos a jugar”.

La manera que se veían afirmaba lo contrario.

“Vamos a invitarles algo de comer. Pero primero vamos a que se bañen o se enfermarán, ¿o qué prefieren?”

Los tres andaban zombis, pero conscientes, con mugre en la mugre y los pelos revueltos, resecos, pero conscientes. Acá está el carro. Los chamacos, sin chistar, se fueron con ellos y se treparon. Llegaron a una tienda de ropa y los tres salieron con algo nuevo puesto. Se marcharon al hotel donde se pegaron un baño y se vistieron. Todos reían, y partieron a la calle por algo de comer. Se sentaron en una hamburguesería. Timo volvió a platicar lo ocurrido con el tipo al que le había sacado la sangre y los güeros se rieron y compartieron una anécdota similar. Moa iba pasando por la playa y vio a sus conocidos con las barrigas abotagadas y con algo de sueño por la comilona.

“¡Qué onda locos! Ya ni aparecieron por el túnel, pero ni se apuren en decir dónde andaban, sí se ven bien chulos y empachados. ¿Ya se los cogieron, o al rato que se les baje el mal del puerco?”

La pareja se quedó muda y los chicos extrañados. El Moa andaba con un bote pegado y de pronto se echó a correr. Todos voltearon hacia donde su cabeza había señalado. Cuatro policías se acercaban apresurados cuando se dieron cuenta que ya los habían visto. La pareja se levantó, arrancaron para la playa y los chicos hicieron lo mismo. Timo y Carlos tomaron la delantera; Carlos se detuvo y cuando volteó, los policías llevaban esposada a la pareja, que no forcejeaba. Caín estaba llorando, mientras un policía lo cargaba a la fuerza. Timo se regresó.

“Vámonos o te carga la chingada”.

Corrieron como en una película. Ambos por coraje, y por muchas cosas más que les brotaban dentro. Timo corría y a ratos cual

loquito se le veía reír sin parar de correr; Caín corría, no se le veían las lágrimas porque se quería desintegrar con ellas. Llegaron hasta un punto de la playa en el que sólo había una feria. Estaban sentados, tosiendo y quitándose el sudor. La ropa nueva parecía más vieja.

“¿Seguro no te vas?”

“¿Seguro no te quedas?”

“Me voy porque quiero seguir viajando y porque quiero seguir olvidándolo.”

“Yo me quedo. Se gana buen dinero y hago lo que me gusta”.

Es muy extraño que ambos hayamos encontrado lo que nos gusta y a pesar de que llegamos juntos, y de nuestra amistad, tengamos que separarnos por ese gusto personal de vivir lo propio. Espero verte pronto, y a ver qué se hace.

“Ya rugiste y cuídate, pronto nos torcemos”.

Carlos desarmó el carrito del que se encargaba en la feria que ya iba para Quintana Roo. Lo esperaba un largo viaje trepado encima de su juego, donde comía y dormía. Era un carrusel que le daba eso y más, como el paisaje que le esperaba, mientras él, trepado hasta el fierro más alto de su máquina, respiraba ese viento y miraba los horizontes de naturaleza, aromáticos, coloridos, arquitectónicos, enormes fotografías.

Carlos se fue al cuarto que rentaba cerca del mar y del túnel. Llegaría para golpear el costal mientras escuchaba rap del realismo sucio. Un par de horas, un par de porros y como cada noche, al Túnel a la pelea clandestina. Apuestas, ganancias y pérdidas exorbitantes. Perros, grafiti, botellas, armas, la mafia y mucha droga, mucho hip-hop.

Huye, siempre huye

Todo el tiempo procura estar tocando, o trata de hacerlo. La teoría de las cuerdas en madera, ese es su talento. Con eso engatusa mujeres, enamorándolas con la experiencia sonora. Así, su vida transcurría entre esa monotonía, y nunca le iba mal. Dije “iba”, porque un día ocurrió lo anómalo. Pues con la experiencia sonora y algún son inventado por él, logró conquistar a la más joven que se le presentó. Compartieron, entre otras cosas y fluidos, gustos entre diversidad. Material para amarse a la loca: drogas (casi de todas) y música en oposición. Factor dominante para que el músico debrayara pasión. Eran tiempos duros en la música de propuesta. Se vendía en los bares para tocar en la guitarra Soda Estero, Caifanes...

Ella, la niña jonkie, necesitaba un psicoterapeuta-psicotrópico que degustar, lugares público-nocturnos nuevos a dónde asistir. Corría por la etapa social del despilfarramiento de energía e ideas, hasta que se volvió independiente en ese ambiente, gracias al lírico que lo que tenía dentro se volvió una serie de imágenes paranoideas. Sus celos le llenaron la mente. Quería hasta arañar las nubes. Esa era su relación. Por lo general, se odiaban y a los días se amaban y viceversa.

Le falló la realidad al guitarrista. La joven en decadencia se alejaba cada vez más y hasta se entregaba con otros locos a cambio de más experiencias. El bohemio seguía pidiendo en la cantina toloache p'a su negra, y la negra perdida en los aromas de otras sábanas. Por ende, la creatividad del liro tendió a la cadencia. Más toloache en la cantina, más descontrol de las idas, choques de carro, peleas, hurtos, mamadas de puta a las cuatro de la mañana a

cambio de unos lentes con fundamento de que nomás porque está bonito, pero nada de ensayar guitarra. La moza no se inmiscuyó en eso. Ni un poquito de esfuerzo en agradecer a los viejos tiempos. El loco se ahogó en etílico. Ni los ruidos salvajes y demenciales de la música lo sacaron del socavón. Se perdió en la nave de su carne. En los lindes de la desesperación y su aferrarse con la niña. No sabía cómo explotar-volar sin suicidarse. Las drogas parecían no tener efecto en su estúpido cuerpo que ya no las reaccionaba. Su cabeza estaba inflamada de confusión, no teniendo lugar para nada ni nadie. Todo repercutió en una confrontación con sus padres, que, hartos de tener un zombi en casa, deambulando como fantasma (sin alma), no soportaron a ese estólido abandonado a sí mismo. De la forma más sincera e hiriente, le pidieron desalojara. Lo decisivo para ponerse a aullar a la luna. Intentando desgarrar las nubes. Con el corazón herido, les amenazó en volverse invisible. Tomando su navío de tablón con seis cuerdas que, de ahora en adelante, serían su techo y la comida. Se la montó en el hombro y salió del volcán en erupción.

Se fue a una ciudad aledaña, pero antes llamó por teléfono y pidió que juntos y solos en otra parte todo sería diferente. Él tocaría. Ella tejería. Ambos vivirán en la poesía. Ella se negó. Él insistió. Ella se escudó en su familia y, tal vez, en algo más. Él por fin renunció y, derrotado, siguió su marcha. No llevaba ni un centavo entre las pelusas del pantalón. Los pies fueron el medio de transporte.

Así lo hizo. No existía fatiga. Lo único en abundancia era su soledad, más que lo que la negra carretera escondía. Esporádicamente, de su pensamiento se asomaban preguntas: “¿Y qué pasó allá atrás? ¿Cómo es que un camino oscuro te conduce a otra

vida?” Las respuestas se iban haciendo peso en sus hombros. Su meta se prolongaba con cada paso. Durante dos horas de va y ven de pies nunca imaginó pidiendo de favor que lo llevaran sobre ruedas. Aunque ruedas ni pasaban. Se bloqueó por su orgullo quebrantado. Algo había por rescatar de los cimientos. Le faltaban aproximados tres días al paso que marcaba su compás, algo que el caminante ignoraba por decisión. Su cuerpo y mente ya estaban fatigados de seguir persistiendo.

Un ruido prorrumpió el silencio del desierto. La silueta de una figura que se tornaba violenta asechaba al aventurero. Se aproximó mostrando los puños violentamente al cuerpo del que se había ya convertido en su víctima. No podía hacer mucho tratándose de defender. Nunca se imaginó que en la carretera iba a ser víctima del ocio de un ratero que le trataba de arrebatar sus pertenencias de mayor valor, que se evaluaban en un requinto y su locutorio móvil, y su vida, claro está. Como pudo trató y se defendió recetando un golpe en el mentón que le dio el tiempo suficiente de tomar su guitarra y dar marcha atrás a toda velocidad, con temor de regresar, o voltear. Temía que lo fueran siguiendo. Con el rencor reventándole el interior, decidió no regresar por si lo estaban esperando.

Absurdo y con una paz resplandeciente, regresó a su hogar, donde las palabras ofensivas lo extrañaban arrepentidas de propia indignación, fuera lo que fuere, tenían el derecho de tomar cualquier decisión, pero sabían y les remordía. El guitarrista con bastas palabras y con una extraña mirada pronunció: “Vengo por mis cosas. Mañana me voy”. Claro que aún no lo hace.

Elogio a la navaja

Cuando eres niño tiendes a ser manipulado por casi cualquiera que sea mayor que tú. En este caso, mi madre comenzaba obligándome a ir al catecismo. En mi primer día de clases católicas, no me soltaba de la reja ni dejaba de llorar a ríos secos, rogando para que no me abandonaran con esa gente de vestimenta rara. Me fui imponiendo y ya no me gustaba gancharme de la reja ni llorar en falso. Me gustaba el olor a cirio, aunque batallé para dejar de marearme y vomitar en las misas. No me exigían como en la primaria. Reprobé todos los exámenes. Estaba claro que nunca iba a conocer a Dios. Me gustaba ir porque nos regalaban dulces y juguetes: los santos satisfacían mi hedonismo. Vivía enfrente de la iglesia y acudía corriendo a la segunda campanada. Tomaba mi lonche y mi jugo para luego desaparecer. Me sentaba en una cloaca que estaba junto al templo. De ahí solía observar el movimiento de la ciudad. Como estaba en una loma, se podían ver las casas y la gente. Fui creciendo y empachándome de lonches. Las mujeres llamaron mi atención. Ya no acudía a las misas porque las podía escuchar acostado o cagando, que era cuando más ponía atención. Desaparecí de la colonia y me olvidé para siempre de las iglesias. En la secundaria conocí a un tipo extraño que me regaló un libro que se llamaba *El rey se acerca a su templo*. Puta madre: en la vida había leído algo similar. Hombres drogándose, cagándose, violaciones, groserías y hasta filosofía. Yo era un huerco fresa conociendo la realidad. Entonces le di a la vagancia.

Le he tomado gusto al paseo ciudadano, y no es porque conviva con las demás personas, con las que comparto el cielo y su espuma, o las aves que matamos con huleras, que es lo único que podría unirme a

todos. Me he vuelto un ente muy solitario y desobligado. Odio que la gente intente ayudarme. También que se apiaden de mí cuando me ven caminar por la calle cubierto por harapos y una mochila colgando de la nuca a las nalgas. Sospecharía en instantes que una persona que duerme bajo cartón con la ventisca paseando por su vientre vacío y lastimosamente caminando sin sentido sea un vagabundo obligado al abandono y ha perdido sus pisadas y ahora bambolea.

No se diga más que a simple vista suena grotesco. Se han dado el tiempo de escuchar con atención a un catedrático de la limosna que, además de ser una de las millonésimas figuras que nos rodean, son declamadores. No todos adoptan los mismos comportamientos que los mendigos bastardos que la Viridiana de Buñuel quiso refugiar en su última cena. No hace mucho encontré a uno que daba un sermón en la calle, hablaba y casi gritaba a suplica encima de un foro de la Plaza Principal.

Míralos aquí, escuchándome como mesías que bufoniza. Yo no condeno ni soy chocarrero. Yo, un simple casi conformista que les intenta quitar lo que de seguro les sobra, pero no, usted no, a leguas se nota la morbosidad que le atrajo, mejor sigan su camino que más adelante encontrarán el desfile de la farándula. Ahí se podrá ver lo más vulgar. Y tú, músico incomprendido que crees que el sonido atraviesa los oídos para sembrarnos fauna, recuerda que el conformismo retrógrado hace cerilla y pus. Lo mío también es un arte y mi instrumento como tal será el encuentro de nuestras manos por la moneda. Mujer desilusionada que encerrada sin que nadie te vea, de seguro lagrimeas por aquel que no te demostró lo que dice siente por ti, no hagas caso y ten mil aventuras, aprenderás a no gotear tu sal. Asesinos que se camuflan en la sociedad y amas de casa que no tienen nada qué hacer en ella. Así empecé a creer que había una consciencia colectiva que habla

en voz alta para que todos los animales, humanos y fantasmas pudiéramos entenderle. Tú que me miras como a un hermano, tratándome de consolar sin pronunciar vocabulario, abrázame que aquí estoy para ti, en estos tiempos de poca creencia donde lo sacro es un grito ya desvalorizado, es la era del individual como caldo mal sazonado, como si un lienzo se adornara con todos los colores que la naturaleza muestre. Perderá forma y estructura. Hasta para la abstracción y el rayonismo hay que ser detallado y cuidadoso con lo que se delira.

Tal vez quiere una moneda, por eso perifonea.

Así que crees que lo que busco es sólo caridad. Mírate. Nos parecemos tanto que deberíamos ser compañeros de mundo. Yo conozco casi todo de todos y no estudié las ciencias ocultas. A mí me fue dicho a través del acto-engaño-divino, gracias a la gracia aprendí el oficio. Podrías ser como mi discípulo y no tendrías necesidad de entrar a escuchar los secretos de la gente. Esa es tu ventaja.

Fue entonces cuando descubrí con quién trataba mis palabras. Era él que hablaba a diario con los cielos sin pasar por sus puertas, sermoneando en confidencias a aquellos que se entregaban a los caprichos imaginarios sin haberse descubierto. El psicólogo de Dios escuchando desde el inconsciente a un enfermo que se ha entregado por completo a los caprichos del señor. Te confiesas para que te llenen de misericordia. ¿Quién? Un teólogo titulado que te condene a arrodillarte con arte y cantes unas estrofas aduladoras que te hagan sentir remordimiento de tus hechos y actos. Mejor para un verdadero arrepentimiento sentir lo que sentías cuando lo empezabas a cometer, y hablo de los pecados hechos una bendita sabiduría.

No vacilé en sacar la navaja de botón. Un chantajista que conoce los secretos de la gente y se vende como un vidente. Qué gente tan estúpida: tuve que ser yo quien alejara a esa peste

de sus caminos. Introduje con lentitud la navaja en su vientre vacío, la giré un par de veces. Ponché su estómago y comenzó a fugarse un líquido viscoso.

Nadie lloró por aquel hombre. Sólo lo metieron en un pozo entre los restos de otros huesos. Ahora yo suplo su lugar en el foro de la plaza. Las palabras que dirijo a la gente no son más que insultos, a veces la policía me lleva a la celda. Pero por mi mal olor no tardan en dejarme salir y como imán me poso en el foro para maltratar los pensamientos ajenos. No creo que yo sea muy diferente al sacerdote, pero mi oficio es más genuino, adivinatorio, gratuito.

Ruta

Había mucha gente junto a mí. Al parecer era la hora que se les ocurría andar en la calle y, para colmo, esperaban el mismo camión que yo. Imaginé a las señoras saliendo de la nada y apretujándose para subir y ganar asiento. Táctica de liosas: quieren entrar primero para no irse paradas.

Pasó lo que preví. No me fue tan mal. Alcancé un lugarcito, digo lugarcito porque me tocó un asiento de esos en los que los muslos te llegan al pecho y la barbilla la recargas en las rodillas. Lo único bueno fue que si el camión llevaba velocidad y daba la vuelta, no me estrujaría. No tuve que preocuparme por ir afianzado al tubo que estaba sobre el respaldo. Eso y que no iba de pie junto al señor que venía de la macabra, con el sudor petrificado en las axilas que llevaba venteando a falta de manga en la playera. No quería ser el cómplice de su acedo aroma, por eso sentarse junto a la ventana era recibir aire, como el que violentaba a los árboles, también era un abanico que te atascaba las nasales mientras se quemaban los ojos con humo caliente de los mofles-chimenea.

Encontré comodidad. Pude continuar con Henry Miller, extender el *Trópico* con seguridad y algo de pudor sobre mí, tapando con discreción la página. Había mucho figón. Nunca faltaba el que curiosara en las lecturas ajenas. Si conmigo lo hacía, se iba a topar con un escrito complicado, sátiro, pornográfico, puras marranadas.

Comencé la lectura: “Vivo en la villa Borghese. No hay ni pizca de suciedad en ningún sitio, ni una silla fuera de su lugar. Aquí estamos todos solos y estamos muertos. Anoche Boris descubrió que tenía piojos. Tuve que afeitarse los sobacos, y ni así se le pasó el picor”. Me clavé en ese charco. Un sonido estrepitoso me chupó

de vuelta, dándome cuenta al instante dónde estaba montado aún. Raro, de pronto tuve una erección. Cuando me percaté de esto, comencé a perderla. Nunca sabré los verdaderos motivos. ¿Fue por leer a Miller, o el motor del camión que iba vibrando en mis testículos? Mi atención se volvió a centrar en aquel ruido proveniente de unas bocinas con un celular enchufado. Llevaba el volumen tan alto como si estuvieran a punto de reventarse. Se me antojó abrir una caguama y luego recordé a mamá lavando en domingo muy temprano. Me centré en la música. Una “ñañaña” me acarició la espalda, era aterrador, una canción de desamor, un ballenato melancólico llegando a patético, como para suicidarse de una manera tan literal, que sólo el que la escuchaba y yo podíamos entenderlo. Leer a Henry era demasiado. Noté que al tipo no le importaba lo que fueran a pensar los demás, mucho menos que yo lo observara con navajas por ojos. Se puso a tararearla cual mantra. Ese cabrón estaba en el sutra.

Ya no me concentré en la lectura. Dos tipos venían dormidos en el asiento de enfrente, al parecer trabajan juntos, portaban la misma ropa de la clásica fábrica que los negreaba. Uno hacia asonancia cuando emitía un ruido con su cabeza al golpear como metrónomo la ventana oscura que no trasminaba panorámica si no enfocabas la vista, a la simple te reflejabas como de broma paradójica. Me vi junto a todo el “freak show”, siendo parte del mismo viaje que irónicamente teníamos. El otro roncaba como güiro y una baba se le salía y paseaba por su mentón, haciéndole un charquito en el cuello. Lo torcido fue el conductor al que no recordaba ver visto el rostro cuando subí. Tenía una cruz colgando del retrovisor con un crucificado triste y sangrando que recargaba los pies en la caja del dinero. Era ese el de la leyenda. Tenía el tamaño de

un enano. Por un momento esa armonía me provocó pavor, pero la risa volvió cuando dejé de centrar la vista. Un pedo se me salió, no lo sentí, se me escapó y se reventó en el aire. Se respiraba hedor. Me entraron nervios y no sé si fue mi imaginación, pero vi como si el tipo que dormía frente a mí notara el olor y se despabilara del umbral en que estaba. Sentí que todos se dieron cuenta y me miraban de mala gana. Me tranquilicé cuando percibí que aquel hombre que colgaba de la cruz estaba rodeado de atrapa pesadillas. Aquel hombrecillo triste requería de tantos para alejarlas.

El camión comenzó a llenarse. Ya no se podía caminar por el pasillo. Varios alumnos de secundaria se apoderaron de la parte trasera. No hablaban: gritaban. Dijeron más maldiciones en el transcurso de dos semáforos que las que se escuchan una noche en la cantina.

Había varias ancianas y una mujer amamantando. Todas de pie. Tenía que elegir a quién ceder el lugar. La señora gorda estaba descartada: ni aunque la echaran acostada entraba. La otra mujer tenía los dos pechos al aire: con una mano se sostenía del tubo y con la otra cargaba a la sanguijuela que se amamantaba, a ratos de una y a ratos de la otra. No sé en qué momento los asientos fueron ocupados por hombres.

El camión se detenía seguido. La gente del pasillo cada vez nos prensábamos más. En algún momento me perdí y sólo vi espaldas, cabezas, orejas, cabello. No sabía si el sudor que me escurría era el mío. El camión seguía deteniéndose, luego sonó un acordeón, había escuchado esa melodía antes, también esa voz. “¡Arturo, Arturo!”, pero mi amigo que nunca egresó de la escuela de música pudo auxiliarme. “¡Arturo, Arturo!”, no podía abrirme paso, estaba rodeado de una pared de carne con ropa. Me tranquilicé y el acordeón dejó de bufar. El camión se detuvo. Ya no supe si

se escuchaba desplegarse la puerta de atrás o de adelante. Estaba perdido, asfixiándome. Por más que estiraba el cuello no podía ver más allá de las cabezas. No hallaba las ventanas, o algún indicio de la calle. “¡Bajan! ¡Bajan! ¡Baaaajaaan!” Nadie puso atención a mi súplica. Volví a gritar. Salió música de quién sabe dónde. Grité, grité y grité, empujando al mismo tiempo, y el camión seguía subiendo más gente. Las fuerzas se me agotaban y me estaba quedando afónico. Unos quince celulares sonaban al mismo tiempo. Empecé a reconocer los ritmos. Cumbia, narco-corrido, rock, tribal, reggaetón, Paquita la del Barrio, Joselito... Pensé que alguien, por ser mi cumpleaños, me había organizado una broma, pero recordar que mi cumpleaños había sido ayer. Fue doloroso.

El ambiente se volvió bullicio. No entendía nada. Estaba ensordecido. El olor que expelía la gente me los estaba tragando con la respiración de mi boca. Eructé y sentí un bulto de algo subiendo por mi cuello, pero no logró salir. La desesperación hizo que me abriera paso entre la gente. Buscaba una manera de asomarme por la ventana para respirar.

No encontré nada. Seguí empujando. Otras personas también lo hacían. Me topé con un hombre cara a cara que venía de la dirección a la que yo iba. “Si buscas la salida, allá no está”, intenté hablar, la guitarra que llevaba en la garganta tenía las cuerdas reventadas. Pensé. El tipo me deseó suerte y avanzó apoyándose en mi hombro. Yo hacía lo mismo con los cuerpos que me apretujaban. Una luz entró entre una entrepierna. Como pude me puse a gatas he intente salir por ahí. El camión comenzó a agitarse como si fuera pasando por una avenida de baches. Cerré los ojos y esperé a que todo dejara de moverse. Los abrí y seguía oscuro. Tentaleé y sentí un cabello junto a unos tenis. El sudor me ayudó a seguir avanzando.

Giré como pude. Una luz se estampó en mi cara, aplanándome los parpados. Los abrí despacio. El blanco calaba como lagaña. Algo sentí en mi nariz que me refrescó hasta el cerebelo. El viento que me golpeaba se colaba por la puerta de atrás. Estaba frente a la única salida. Piqué el botón haciendo la parada. No funcionó.

Me mareó la vista. Me sentí estático. Afuera, las figuras se descomponían por la velocidad. Era una mancha difuminada que quería succionarme. Cuando de pequeño me subía a los puentes peatonales, y luego miraba abajo, me daban ganas de lanzarme, como si el pavimento fuera un imán. El bullicio creció. Hice dos tapones con restos de un kleenex y me los metí en las orejas. Fue un alivio. Me afiancé de dos tubos. Cerré los ojos y me lancé, entregándome al paisaje borroso. Rodé en el suelo, y un árbol me paró en seco. Me puse en pie. El camión no se veía ni oía. El lugar estaba desierto, sólo el silbido del viento hacía ruido. La carretera parecía vieja y abandonada. En un lado del camino estaba un parabús abollado, me senté, rechinó y casi se vino abajo, pero alcancé a ponerme en pie. A mi lado, el anuncio del Festival de Artes Julio Torri de 2013 lucía antiguo. El sol se estaba ladeando por el norte y la oscuridad empezaba a emerger por el sur, el centro del cielo se mantenía azul. No había cerros. Se podía ver hasta muy lejos y no se veía nada. Decidí caminar, sin saber a dónde. Escuché detrás la vibración de un motor. Viré y con la luz del sol, la distancia se veía líquida. Un camión salía del pavimento. Comprendí que probablemente era un espejismo. Se escuchaba más y más cerca. Por inercia levanté el índice. Las llantas se detuvieron ante mí, junto con el ruido del motor. Las puertas se corrieron. Las escaleras ascendieron hasta el cuerpo de un hombre que llevaba el volante con las dos manos.

Subí y cuando quise pagar, me di cuenta que no llevaba dinero. Me senté y esculqué todas mis bolsas. Enfrente estaba el mismo crucificado. Saqué el único libro que traía en la mochila. Lo coloqué sobre la cajita del dinero. El chofer lo vio y dijo algo que no descifré. El camión ya iba vacío y empezó a acelerar. Yo me fui por la ventana, intentando reconocer algo.

Cándela y mequetrefes

La fiesta está candente. El movimiento de la banda es cauteloso. El Carnal está perdido en el huapango, el reggae, la psicodelia. El puerto de Vera se pone loco en la época de carnaval. “Sodoma y Gomorra”, le dicen. Se vuelve un batidero de sexos: todos contra todos en un duelo por el placer y la borrachera. La banda devorándose la nave de la carne. El Tecoz llega con el Carnal. “Abre la boca”, le dice. El Carnal sabe que cuando el Tecoz le dice que abra la boca, algo chido va a pasar. La abre y una pasta cae dentro de su coladera resbalando por el drenaje hasta llegar a los jugos gástricos ¡Fun! Explosión. Ve a todos sus carnales en pausa, glutiendo pastas y agradeciendo. Contempla nuevamente a la banda. Las luces se opacan. Siente un desprendimiento en el cuerpo. Sabe que es algo diferente y se lo dice. Simón. Es algo distinto. Algo que no puede controlar. Se cae sintiendo que todo se estampaba contra él. Queda en la banquetta, expuesto a la velocidad de los carros. Siente impotencia y puja para parpadear. Abre los ojos y está con dos compas, abrazados, pasándose una caguama y riéndose como es su costumbre. Algo le cierra los ojos y todo se hace un sueño lúcido, oscuro y se siente que cae. Con el cuerpo acalambrado intenta sostenerse de lo que sea. Cae. Sus nalgas tocan el suelo. Con las manos se despega los parpados. Es de noche. Es un téibol. Lo primero que su conciencia ve es su cuerpo nalgeando a una morra. Cierra los ojos con ganas de dormir. La vida se le hace un huracán intentando arrancar su corazón. Ese algo que lo hace sentir real, aunque su cabeza no pueda pronunciar ni una sola palabra en soliloquio. Abre los ojos. Ve la carretera. Tambaleándose, una lluvia fina lo moja. Cierra. Un nocaut y a seguir atormentado

por la oscuridad. Abre. Siente su cuerpo salir del mar y tomar aire. Está en el suelo, en alguna calle, no se ve nada y se sostiene para ponerse en pie. Sus parpados vuelven a caer. El Carnal tira manotazos y suplica. No quiere cerrar los ojos. Dentro de todo, se siente cuerdo y eso le da pavor. No sabe qué destrucción habita su cuerpo. No cree que sea “crocodrile”, pero tira mal viaje abrir los ojos y lo primero a ver sea el concreto y uno dándose de lleno. No hay cordura de su cuerpo con su mente. Esa ausencia lo rescata del dolor. Abre. Su compa le está metiendo hasta el fondo de la garganta a la morra del téibol. Cierra los ojos. Los abre. Va trepado en un carro, recargado en la puerta y con la ventana abierta. La gente que le acompaña no es su amigo ni la teibolera. Lleva la ventana abierta y el mar de fondos con la música de Paco de la O sonando en la radio. Una brisa desacelera su corazón. Todo mundo viaja en silencio. No hay aire. No hay música. Se acabaron las voces. No se siente la briza ni el latido de su corazón. Sólo negro para todos lados. Se siente acostado y levanta las manos o lo que él siente como manos y lo que entiende por levantar. No siente nada, y así se queda, en santa paz. Luego, como si usaran un marcador, empieza una luz a pintar dentro de sus parpados. Mucha luz y abre los ojos en un intento por arrancarse los parpados. La luz. Frente a él no hay concreto, sólo un cielo azul y muchas nubes. El Carnal siente calor. Batalla para ponerse en pie. Le duele todo. Se toca la quijada: la tiene intacta, pero en su nariz hay un charco de sangre. Se la suena y es como si le hubieran jalado todos los bellos del cartílago. Camina y le duele todo. Camina lento. Es cuando se da cuenta que está rodeado de basura y huele a animal muerto. A eso huele todo. Sale del baldío que está en una esquina. Vira y se coloca en el poste. De frente a él, un callejón con escaleras hacia abajo

desemboca en el mar sereno. El Carnal se pasa a la contraesquina. Entra a la tienda. Saca una lata del refri. Pone unas monedas en el mostrador y se recarga en el poste de la esquina. De dos grandes tragos se acaba la lata, luego la dobla y la arroja. Continúa por el callejón, manchando de sangre donde toca con sus manos. En la barda hay un grafiti que dice Kiffuris Baby's.

De Galeano, mejor el coto con Morrison en su tumba

Llegué a Tuxtla de intercambio. Estudiar psicología no era el mejor plan pero me fui. La UNICACH era una escuela para piratas y con el dinero que me dieron de la beca me largué a San Cristóbal. Muy rockeado del coco, me fui a clavar a la casa de un compa que conocí en Tuxtla. Hablo de esto cuando recién llegué: la escuela, el chinkongunyan, los fumes con los locos de biología, las suripantas, el sudor, el pozol y todo lo demás.

Ese día me quedé quebrado. Ya era noche. Caminé bien ácido de Chapa de Corzo hasta la Ocho poniente sur, en Tuxtla. Toqué. El Mayco no tardó en aparecer. Estaba fumadísimo. Me invitó a pasar. El pasillo era largo: de una lado una pared de ladrillo de cuarto y la otra un concreto rugoso de barda. Llegamos al jardín que dividía dos cuartos. En el que me quedaba de frente estaba su papá, un gordo en calzones, tumbado en una cama. Sostenía un control y miraba la tele. “¿Quién es?” gritó malhumorado. “Es mi amigo, Gordo, vamos a estar acá”. Gimió, pujó o no sé. Nos fuimos al cuarto que estaba enfrente. Me quedé con la idea de que la base del colchón del Gordo estaba hecha con revistas porno. Junto había una guitarra. Nos sentamos y prendimos el porro. Andaba jodido de lana, empezaba a dejar de ir a la escuela y con cinco mil pesos por mes te alcanzaba para nada. Me daban ese dinero por la beca. Rentaba un cuarto de mil quinientos al mes y lo demás lo gastaba en drogas.

Mayco le daba a la lira y yo declamaba poemas que escribía de vez en cuando. Nos íbamos de taquería en taquería. Éramos del turno nocturno. El recorrido era, y no lo recuerdo bien, algo como: taquería, una chela, taquería, un porro, otra chela, otro porro, ta-

quería, baño y líneas, unas chelas y unas líneas y porro. Sentía que la gente se asustaba, no porque anduviéramos podridos, sino que nadie estaba impuesta a la lectura en voz alta. ¿A qué aspira un estudiante de psicología en el infratuxtla? Mi debut lo hice en un carrito de tacos que estaba varado en la calle, desolado, sólo una pareja en la cena, la señora en la plancha y una niña respaldándola.

-Buenas noches -Mayco me dijo que le diera. Yo me quedé mirándole, esperando a que él tocara primero.

-¿No querías leer? Dale.

Tomé las hojas. Empecé a sudar. La pareja seguía mordiendo sus taquitos. La señora movía la carne en la plancha y la niña me miraba como esperando lo malo que iba a suceder. Mayco también seguía serio. Me quedé callado, esperando a que naciera el fundamento de mi lectura.

-¿Tienen hijos?

Se estremecieron. Tal vez creyeron que yo era mudo. Movían la cabeza en afirmación.

-Leeré un trabajo que me encargaron en la escuela. Me imagino que sus hijos van a la escuela. Lo que hago es sacar mis textos de las calificaciones.

Leí. Mayco me acompañó con su guitarra. Él tocaba algunas rolas y yo seguía declamando algunas cosas de las que vagamente me acordaba, y acuerdo. Eran las cinco de la mañana y nos fuimos por la Avenida Central, en dirección a la zona glam, donde le haríamos testera a los ricos para sacarles dinero. Justo en el Parque Central, donde estaba el Palacio de Gobierno, frente a la Catedral de San Marcos, el Mayco saludó a un vato que venía fumando.

-Qué onda, ¿hoy sí me llevas? Mira, estoy bonito, toco la guitarra y hasta llevo a mi carnal para que se eche un poema.

-No mames, a ese güey le valen verga esas cosas. Lo único que quiere es que estén vergudos.

-Sí estoy, checa -el Mayco se clavó la guitarra en el sobaco y se estremeció sobre el pantalón los huevos y la verga con las dos manos.

-Mira, pues, le voy a hablar y ya te digo.

-Voy con mi carnal, eh.

-Aguanta.

El tipo se puso a hablar por teléfono. Regresó.

-Sí se hace, pero nada más tú.

-Haz paro.

-Yo no puedo hacer nada, verga, al vato le gusta de uno, pues. Ponte verga, pues. No puedes llevar a este cabrón ni la guitarra. Sin pendejadas. Tu responsabilidad es mi comisión. Al tiro por dónde mires. Hay gente armada hasta el copete. Tú nomás lo que te digan. Cógetelo y síguele el pedo. Si te da a que fumes, fuma; si te da líneas, métetelas; si te dice que más fuerte, dale fuerte, pero ponte al tiro o ya no la contarás.

Agarré la guitarra y nos fuimos. El vato detuvo un taxi. Se perdieron en el cochambre de la ciudad. Me clavé entre las calles abandonadas, llenas de graffittis de poca bomba y "tag". Abundaban consignas que dejaban las hordas rebeldes: "Los del campo se levantaron, marchas zapatistas". Anarquistas urbanos con chinola y de ocasión. Me di un porro y me fui a merodear con ganas de toparme una suripanta. Me fui por detrás de la Catedral. Un carnal platicaba con otro que Galeano había muerto ayer y que a esas horas ya estaría enterrado, solo, a oscuras y acompañado de los otros muertos solos y a oscuras y algún viejo velador. En ese momento se escribirían las memo-

rias, los editores y las imprentas trabajarían duro, se hornearían consignas, se rememoraría la lucha, como si en realidad fuera un recuerdo consultable. Los soñadores de la revolución, y si la hubiera, mejor el coto con Morrison en su tumba.

Zipolite no es el paraíso

El camino había sido arduo, digamos doce horas. En realidad, ese tiempo lo pasamos sentados, con los pies acalambrados y las nalgas dormidas. Pero así no empezó el viaje. Primero fue comprar cuarenta y cinco litros de pulque. El Chaka traía un bote de gasolina de veinte litros y yo un garrafón de diez y nueve, más otro de seis. Los cargábamos en las manos porque a la espalada cada uno llevaba su mochila con los utensilios que requeríamos para viajar. Tomamos un pesero que nos llevó al metro, de ahí a la central. En la central abordamos un camión que durante seis horas nos llevó nerviosos. No somos pulqueros. Los garrafones ya se habían inflado, lo que menos queríamos era que explotaran dentro del autobús para apestarlo todo. Llegamos a Oaxaca, de ahí nos fuimos a Pochutla, otras seis horas. La diferencia era que esta carretera se componía de curvas y voladeros tan altos que sabíamos no quedaría nada de uno en caso de que ocurriera un accidente. El estómago se me batió. No vomité. Pude tranquilizarme. El niño que venía atrás de nosotros lo hizo en el transcurso del camino. Lo chistoso era verlo a él con su madre, bajando en cada parada para comprar papas o refresco. No era una buena idea subir a una Van que iba a Pochutla y que tus compañeros de viaje fueran un niño que vomitaba cada treinta minutos y unas morras punk radicales de origen español, de esas que lo apestan todo. Llegamos, pero la misión aún no se cumplía. Faltaba el último transborde, el que llevaba a Zipolite, lugar del que había escuchado maravillas. El desnudo era una de ellas. Mujeres de todos los cuerpos era de los que te regalaba Zipolite en su vista al mar. Claro, también había mucho bastardo que se asomaba y ni modo de cerrar los ojos. El hash, ese es el movimiento drogo. Un

vicio acaudalado por los gringos. Fumar hash con tabaco todo el día, sentado a la orilla de la playa, así se te podía ir la vida. Acompañado de la bandita, pura persona fina, personajes escapados de la rareza que jamás se encuentran a la vista.

El Chaka y yo llegamos a Zipolite con un encargo de nuestra señora Mayáhuel: cuarenta y cinco litros para vender, ofrendar y truequear fue nuestra encomienda. Un pacto nacido en Tulyehualco. Nuestra desgracia fue pensar en el cochino dinero. Llegamos destruidos a la posada. Al menos el mar estaba frente a nosotros. Yemaya, pero nosotros, grandes hijos de puta, ni caso le hicimos. Dejamos el equipaje. Echamos porro, y nos ingeniamos para vender el pulque. Yo me fui al baño. Cuando volví, no estaba el Chaka. Había pura banda que no conocía: italianos, mexicanos, españoles. Me tiré en una hamaca. En eso llegó el Chaka. Armamos la casita de campaña, metimos todo y me preguntó por un bolso, el bolso que nunca soltó en todo el camino. Lo buscamos y lo buscamos y no encontramos nada. No teníamos ni diez minutos y ya nos habían robado. En esa bolsa iban dos armónicas, un celular, dinero, joint y otras cosas de relativa importancia.

El Chaka entró en un viaje de buscarlas. Todo mundo le ayudamos en lo más que pudimos. No encontró nada y no le contaban cuando marcaba a su número, de hecho, ya habían apagado el teléfono. Cuando la tensión aumentó, me metí para bajarle el viaje. Nos aplicamos haciendo unos letreros donde se anunciaba pulque a la venta. Atendimos unos cuantos litros, pero mi amigo estaba obsesionado con venderlo todo.

El pueblo se caminaba descalzo, y ahí lo veías, corriendo por todas partes, intentando vender pulque para comprarse una armónica y su aparato para sostenerla. Lo que el Chaka hacía era

tocar la guitarra y una armónica al mismo tiempo. Ladridos, rock urbano, ahora estaba incompleto, sin un peso porque lo último lo utilizó para comprar su pasaje. No sabíamos qué hora era, pero eran las últimas del año. De aquí para allá, arrastrando un garrafón de pulque. La banda nos veía. La mayoría no nos compraba pero nos invitaba un toque. Se hicieron dos fiestas en todo el pueblo. Una de reggae y un rave, ambos en la playa y de un lado para otro nos anduvimos cargando los garrafones y la pandilla que se fue juntando con nosotros. De pronto, no pude más. “Basta, dije, hay que tranquilizarnos, tomarnos uno de estos y fumarnos uno de estos”. El Chaka se me quedó mirando y me abrazó. Nos tiramos en la arena junto con la pandilla: David, oriundo de Torreón, que ahora vivía en la sierra de San Mateo y estaba construyendo su casa; Handaf, igual, oriundo de Torres, un júnior tenista de tendencias malandras, de abolengo y ojete árbol genealógico; el Cuaz, un chilango que vivía en Oaxaca y hacía tatuajes de gena; un punk londinense de habla spanglish que llegó a México en los 80; y un par de italianas locas de las que ocupaban harto. En Zipolite, la vida corría sagaz y no lo notabas.

Ahí estaba el mar, y yo me acerqué a saludarlo, a ofrendarle mi humilde presencia como no lo hice desde el principio. Nos bebimos el pulque y echamos humo. El Chaka, a un lado mío, me dijo que sí había entrado en un viaje, pero todo se calmó, nada era como se planeaba, y no lo sería. Se aprendía con el potencial. Nos servimos más pulque y nos fuimos al rave. Íbamos por la arena. Escuchamos que alguien nos dijo feliz año y el David casi le parte la cara. “¿Cómo que feliz año?, ¿quién cree que esto es feliz?” Miramos la arena: estaba llena de residuos de fiesta y eso que estaba empezando, pues los cuetes ya tronaban, los gritos de euforia por

la sobrevivencia a aquello que llaman calendario, donde montaban un año más, según el tiempo que corría hacia adelante, pero la carrera también era hacia atrás. Felicidades por un año más y un año menos. Nos decíamos que nos pusiéramos al tiro, porque en la noche no se veía y era fácil cortarse los dedos con una botella en la arena, o lo que decían de los lancheros, que dejaban lleno de piedras la arena de la playa por la noche.

La fiesta estaba desmadrada. Todos estaban locos bailando con intensidad, parecían adueñados de una descarga. Todos estábamos podridos, pero estábamos. Me llegó el porro. Algunos se nos acercaron y les compartimos pulque. El año entraba moviendo las olas del mar frío que vomitaba nuestros pies. Zipolite, detrás de nosotros, agonizaba llena de luces, esas personas desamarradas, que no tendrían concesiones si se encontraban contigo, si decidían que serías el amante o la víctima. Aquí, por más belleza que pudieras ver, deberías de tener cuidado. Y yo, con la mano, les dije adiós a todos los chicos salvajes, y no sé cómo, pero quise terminar dentro del mar que también era toda la noche.

Ventana que aluza una boca

Las cortinas se corren lento. Entra una línea luminosa que rebana la habitación y la luz colorea las figuras. El aroma sepulcral se respira en las flores ahogadas en un florero sin agua, amontonado a mangueras, paseando suero en las venas de un cuerpo tirado en una cama de hospital.

En la esquina del techo, frente a la cama, una telaraña se dise-ca. Abandonada por un matrimonio de arañas patonas, ahora unos cardos de pelusa pasean esas calles de trapecio cuando el viento se lanza a darles vida. Se mueven, par de manos forradas con arrugas y lunares. El dedo con más fuerza sume el botón a la tele y en segundos el bramido de un elefante, sume y un tiroteo seguido de un ulular espantoso. El dedo hace un sobreesfuerzo y todo se calla, tres veces se escucha a la nariz decir: “Respirar, so-huuuum...”, como si cada una fuera la última. De la nada el brillo de un violín frotado con delicadeza. Suben el volumen del sonido de los instrumentos de la orquesta. La música demasiado fuerte se rezaga en los oídos del enfermo. Un réquiem para el *Réquiem* de Mozart destinado a no descansar.

Suelo y muebles llenos de polvo. El bote de basura derrama pañales y los pañales excremento. En su cuello, un babero remojado. La saliva se fuga de la boca rota que deja entrar la luz y se ven las amígdalas blancas. La joroba de una anciana se mueve como fe a las montañas. Recoge pañales, sacude el polvo del suelo a la cara idiota de su hijo. Junta los labios como si fuera a darle beso de piquito. Con fuerza sopla un aroma a catacumba que desaparece el polvo de las comisuras del rostro down. Endereza la cara del joven y pone su cabeza en dos almohadas. Le cobija las piernas y le acomoda la mascarilla de oxígeno. Quita la toalla aún húmeda a la imitación de una pintura barroca

de un paisaje de campo. Se cuele un viento refrescante envuelto en el ruido que produce la calle dando vida al interior de la casa como del cuerpo inerte. La mujer sale apresurando su torpe caminar. Dos gatos entran y suben a la cama del enfermo. Los tres contemplan el valle: carretas, pájaros suspendidos en su vuelo, hombres que sostienen de por vida un bulto de trigo, niños quedados en un solo pie persiguiendo a un perro que nunca alcanzarán. Todo adornado por un cielo colorado y montañas grises.

Otro par de niños juegan en la banqueta y su escándalo resuena en la habitación. El joven junta con dificultad los labios e intenta formar una sonrisa apenas perceptible. Los gatos lamen su cara. El tipo cierra la vista y se imagina que es los dos chicos a punto de partir a la montaña y bajarla como si fuera un resbaladero de espuma. Los felinos bajan de la cama y comienzan a perseguirse. Se sube uno arriba de otro y giran por el suelo. Se meten bajo la cama. Por encima de la cabeza del joven hay unos cables que le dan vida y estos, a su vez, van enchufados a la pared. Se tensan hasta desprenderse. En automático, la pantalla pone una línea verde que corre carretera de hilo fluorescente. Un ruido punzante hace que los animales salgan corriendo por la ventana. Con las fuerzas restantes, el joven amolda su cuerpo en la cama. De un tosido lanza la máscara de oxígeno junto al babero. Los niños en la calle patean un balón. El sol jamás se oculta detrás de los cerros y el río no deja de pasear su transparencia líquida.

En la cocina, la anciana prepara café. Entran los gatos. Suben a la mesa. Se chupan las orejas y el pájaro cucú sale batiendo un ala a las siete en punto y se muere a las siete con veinte. La mujer opaca el sonido de la máquina vital subiéndole el volumen al *Réquiem* de Mozart. Toma su tazón hirviendo. Abre el mosquitero y sube a su mecedora.

El cielo rosicler se esconde entre la espesura del ramaje de los árboles. Una lágrima cae en la taza salpicando una gota en el pantalón y la otra en la uña del dedo con más fuerza. La voz de una mujer en la calle llama a los niños a que entren a comer.

Ago-biarte

En la calle del Zapato se lleva a cabo un concurso muy novedoso: estatuas humanas. Decenas van maquilladas hasta dentro de la nariz. Personajes llamativos bajo el sol de treinta y ocho grados. No hay rastro de pintura escurrida, como si sacara uñas para amachinarse en la piel. Huele a queso para preparar fritos y hot-dogs. La música reguetonera de las motos Itálíka estacionadas en la Alameda dan su concierto.

Se da inicio al concurso. Hay una aglomeración dejándonos ver la variedad: hombres pintados con aerosol a la “Day gloo” se postran frente a cientos de ojos sorprendidos y nada impuestos al hapenning. Uno muy listillo, coloreado de plata, arrima una silla, saca un libro plateado de pastas plateadas, se sienta, recarga un pie en la base y toma una pasta, recarga la otra mano en la otra pierna y toma la otra pasta, comienza a leer. Otros se quedan de pie, con un letrero que dicen: “Soy el señor de los sueños, Gracias, Pide un deseo” y otras leyendas. La banqueta se llena de pilares demostrando su talento, como el del Vaquero galáctico, que se mueve como robot oxidado y te dispara con su índice. También hay personajes abducidos de la tele: El joven manos de tijeras, Depredador, El hombre araña, Batman, Birdman, Tatiana, Rambo, El capitán cavernícola... Edward, con sus tijeras de cartón, revuelve el cabello de aquel que se arrima a darle una moneda. Los demás no se quedan atrás: cada uno comienza a modelar su gracia, llamando la atención de la gente. Los intrépidos hacen que los miradores peguen brincos sorprendidos y de huidiza emoción cuando los intercepta. Algunos soldadillos de juguete suben en sus plataformas, apuntan con

la bazuca y armas de bajo calibre a las personas, haciendo una guerra de pantomima. El exótico fauno se acerca a las chicas mientras les arrima su cuerpo perfumado. El concurso de “estatuas” humanas es felicidad para los niños.

Uno llora por el noreste, si no lo hace, ni cuenta nos damos que en esa dirección vienen corriendo siete personas. A simple vista parecen malvivientes harapientos de mugre en un carrito de supermercado. Uno va acostado en la parrilla hasta abajo, manoteando como si nadara; otro empuja el carrito con extasiada sencillez; uno más viene dentro, con las patas por fuera. Los demás corren imitando a los simios, saltan, escupen, se rascan el rabo, tropiezan. No nos dimos cuenta, pero ya estaban en la zona de estatuas. La gente se pega a la pared tapándose la nariz, las madres abrazan a sus hijos y les tapan los ojos, los padres se indignan con los puños cerrados. Los indigentes pelean por lo que hay dentro de un tonel de basura. Miran en su interior y luego gruñen a la gente que se horroriza por su olor a orín. Los hombres paran el pugilato. El ambiente es sereno, sólo la salsa chisporrotea en los chicharrones, los gimoteos de los niños y la voz del regguetón en las bocinas. Los adultos especulan inconformes mientras buscan algún policía. Algunos no ocultan sus ganas de tirar puños.

Los jueces del concurso interrumpido se acercan y nombran ganador a los indigentes. La gente se relaja entendiendo que todo era teatro. La rasita aplaude y las monedas empiezan a caer en sus pies. Nadie quiere tocarlos. Lo tipos las levantan y, al instante, reparten una por una a los asistentes, musitando que no las necesitan, que tampoco están concursando. Su expresión y alimento, dijeron, es agobiarte.

Asesino de recuerdos

Yo no lo sé mejor que la pared, a la que él lee mientras toma té. Entre el cemento se quedaron sus recuerdos. Ya no reconocía nada de lo que hizo. No sabía del futuro ni del pasado. Dejó de ser el hijo.

Hoy lo vi. Sigue en la misma habitación de paredes blancas con una ventana más alta que mi cabeza. Me senté. Él estaba tranquilo. Sin decir nada, miraba a la pared. Dicen que tenía años sin hablar, era crónico, al punto que olvidaba respirar. La cama y yo éramos la misma cosa para él. La pila de libros en la esquina aparentaba más vida que nosotros. En el suelo había un camino de cuaderno deshojado. Él, sentado frente a mí, con las piernas cruzadas, bebía de una taza que arrojaba vapor que se contorsionaba y luego se desvanecía. Me levanté. Él abrió los ojos y dijo:

“Cuando escribo, me doy cuenta que las letras y las imágenes con que inicio se borran al instante. Mi pluma no es tinta de agua ni mi puño borrador. Las palabras se me evaporan al instante. Cuando llueve, el cielo se pone flor-elefante y el caballo pasea encima del gusano si me lo propongo. ¿Será cierto lo que dicen los doctores de mí? Yo no asesino recuerdos, aunque los fantasmas que me vigilan me juzgan por ello y me amenazan con jeringas de líquido ectoplasmático que ya no me asusta. Amenacen con las jeringas apuntando al techo. Les digo que pertencí al movimiento de poesía electrónica en el París de los 70. Que declamé a los pescados en el arrecife y escribí alejandrinios en papiro por mi primera vida. Viajé por la galaxia en mariposa antes que Verne se imaginara un globo y allá, muy lejos, luché con el diablo. Perdí este ojo, pero le arranqué la cola, ¿te gusta? Cuando soy flaco la uso de cinturón, pero normalmente es corbata. Los fantasmas

dicen que me la quite para que mi familia me visite. Yo digo que ya se quiten el disfraz de Halloween y les creeré. Me atraparon porque la quieren. Saben que es la única arma para vencer a Dios si se la pinchas como lanza. ¿Lo has visto? Le conozco. He muerto 365 veces al año conteniendo la respiración, los mismos días que renazco bostezando de aburrimiento. A veces alguien me sueña para torturarme y yo le doy el placer de sentirme desdichado en estas paredes blancas. Pero eso significa que llegué al Nirvana. A veces confundo las letras con los números, las hormigas con los planetas y la vida con la muerte, a tú con yo y la hoja con el desierto. Hay otras que nebulongo oblongo huachipa trololó y eso es mejor cuando inhalo tinta china y aspiro raidolitos caducos. Lo procuro antes que las jeringas mucosas vengan con rabia a besarme el brazo”. Sorbió el té.

Limosnero

Miles de personas van y vienen. Miles de colores en las playeras, en los pantalones, en los accesorios, en las pieles, en los ojos y hasta en el cabello. Nadie se detiene a dar una moneda al hombre que pide dinero desde el suelo. La gente prefiere cerrar los ojos en ese pequeño lapso del camino. Todos ignoran el sombrero de paja tendido a sus pies. Los que se envalentonan, se dan tiempo de examinar el trío de monedas achicharrándose. El hombre afuera de la iglesia hace que la gente se cruce al otro lado de la banqueta, se persignan. ¿Dios? ¿Asco? Más que la avaricia, la tacañería o la pobreza, es el destino del hombre lo que los hace huir a mayor velocidad, como escapando de un mal presagio.

El sol comenzó a calentar por la tarde. La banqueta limpia, desasociándose del peso de las personas. Ya se distinguían los mosaicos de la época colonial, manchados y cacarizos por los años ininterrumpidos. El limosnero, entre dos pilares barrocos de la Catedral, sin miedo al sol ni a la suciedad, sin asco a su propio aroma indigente, se mantenía en flor de loto. Llevaba la cabeza tapada con una chamarra verde mugre, tenía ambas manos extendidas. Así estaba, sin recargarse con la pared. De lejos figuraba una escultura hiperrealista de un hombre sin cabeza, que parecía antes la sostenía y ahora la había robado. El perro estaba sentado a su lado, alzaba las orejas cada que el silbato del tránsito pitaba. Era lo único que por ahí se movía.

Una mujer salía de la iglesia. El aroma del hombre le borró la sonrisa. Cuando quiso huir de una zancada, tropezó con el bastón del indigente, pateándoselo lejos. La mujer se iba a ir, pero vio a otro hombre, uno crucificado al final del pasillo penumbroso.

Abrió su bolso, tomó un par de ruedas y las dejó caer desde arriba como si tuviera asco de salpicarse. El hombre ignorado. Nadie le acercó el bastón. Tal vez preferían quedarse a la distancia, despertando el sentido de fuga para evitar encontrar oculto en la chamarra vieja al pariente abandonado.

Llorar pintura y amarse entre latas

*A Paquito Space, que con tanto spuk
lleva dentro un mural de viajes.*

Paco no es mala persona, todo lo contrario. Imparte clases de masonería, pero la música es lo suyo. Mezcla house, trance, techno, punchis-punchis, aunque admite que empezó tocando la guitarra en el coro de la iglesia. Como el saltillense, viene de familia católica. Lo conocí en la Mansión, una madriguera que rentó la Huerca en una vecindad escondida en la calle de Victoria. Por mucho tiempo ese lugar representó la contracultura. Ahí se alojaron viajeros, malabaristas, artesanos, huérfanos e indigentes. Llegué a ver a más de cuarenta personas diferentes por día. Nunca conocí a todos ni se sabía quiénes llegaban o quiénes se iban. Me acuerdo de un viejito acostado en un cartón, fingiendo dormir, o esperando a morir. Un día, la Huerca corrió a todos. Ya no quería un moridero para vivir. Después de la purga nos quedamos pocos a ocupar las cinco habitaciones de la casa. Antes era entrar a una jungla prehispánica con semidesnudos mugrientos pegándole a los tambores y soplando las flautas, los saxofones, rasgando las guitarras; otros con los malabares y las caguamas. Un infierno donde lo arriesgado, la acrobacia sin cese era lo que la vida exigía para poderla deglutir. Rituales, fuego, bailes africanos y un ambiente apestoso a caca de mono, puesto que la amamos sobre todas las cosas. En la Mansión se quedaron los de Tijuas, Tamaulipas, Chihuahua, El Reyno, Aguascalientes, la Baja, Sinaloa, San Wuicho, Texas, Coahuila. Gente del Aztlán. Paridos en la frontera norte, donde el gringo clavaba sus fierros oxidado

para dividirnos. Nómadas raíz chichimeca, bravos que mamamos sangre de la carne fresca. Nuestro linaje, según los intelectuales de Tenochtitlan, pertenece al perro. Seguimos mamando ruina de la vida. Algún día, Aztlán dejará de ser una ficción y veremos venir por la carretera del desierto en un descapotable a nuestra madre la Coatlicue, y conduciendo a Oscar Zeta Acosta

El mitotl diario en la Mansión tenía nuestros tímpanos reventados, además del humo como neblina y el suelo pegajoso, con el lenguaje de las voces-risa-ruido, y las discusiones etílicas. Nosotros nacimos entre el bullicio y aprendimos con el vicio. Entre todo ese desmadre conocí a Paquito bateando space. Él y yo estábamos cagados de risa porque éramos los únicos de acá, del Salto, en la Mansión.

Dicen que Paco es de buena familia. No sé, a la única que conocí fue a su tía, la que falleció. Paco vivía con ella por ser el consentido y porque, para sus padres divorciados, él fue el hiperactivo producto de sus jaquecas y la persona contra quien recaía el fastidio que sentían por su fallido matrimonio. Él no externó malestar. Recuerdo que me invitó a comer. Para llegar a su casa, se tenía que pasar por el Fortín de la loma, donde estaba el Mirador. La tarde rosicler iluminaba la sierra. Dinosaurio muerto a medio sepultar, tirado a la orilla de la ciudad del narco. Entré a la casa, el piso destellando de limpio, con olor a frutas que emanaba una veladora. Por las condiciones de la tía, Paco seguro tenía herencia. La casa se contemplaba elegante por sus muebles de madera brillante, sillones chonchos, comedor de vidrio y un refrigerador lleno. La casa de una solterona acomodada. Ese día comimos albondigones. Deliciosos. Empezaban los buenos tiempos, crecíamos y los vicios con nosotros. Calculo que en medio año nos metimos más mier-

da que todo un Woodstock. La tendencia por lo nuevo nos traía noqueados. Etapa en que conocimos el tema de la economía. Eso nos trajo sabiduría y gusto por el resistol, la pintura en lata, space, marihuana. “Echen, pero que apendeje” era la filosofía. Yo me retiré; Paquito se quedó en el space y el spuk, por lo que también le llamábamos Paquito “El muerto”.

Era lo que consumía antes de la catástrofe. Paquito era el dealer, chamán y pordiosero acá en el rancho. Conocía a un chingo de banda de todo tipo. El carnal significó un parteaguas en la influencia del movimiento sintético. Se dice que él lo trajo. Después lo topabas hiperactivo, tumbando por las buenas al que encontrara y con eso le conectaba al Dosis unas bolsas de esa madre, papeles, caca de mono de diferentes cosechas, pastas, cri-cri, soda. Dice que le rolaba bien porque eran amigos desde la primaria. El Dosis, a los dieciséis, entró al business, ahora era independiente.

Paco se fumaba porros de space antes de inducir el “trip” a los juniors. Me platicó de un cliente que le cayó con el primo. Fresas de los que conocía por montones. Batearles sus gramos de space que no valían una mierda, y el chico haciendo fortuna. El primer viaje se ofrecía de guía. “Yo fumo primero”. Paquito jaló duro a la pipa y la pasó. Dice que el vato no alcanzó a regresarla y ya estaba gritando, espuma saliendo de su boca y los ojos en blanco. Paco lo detuvo para que no se pegara en la cabeza. Las piernas se le aguangularon. Le habló para tranquilizarlo. “Espera, manipula el poder, tú puedes, todos pueden, es la fuerza que llevas dentro la que ha de vencer ese sentir que mueres, no mueras...” El primo pateó su estómago, a la par que le reclamaba. El otro, en el suelo, con cierta lucidez se cuestionaba y decía ignorar quiénes eran y quién era él. Paco no

la hizo de pedo. El estómago le dolía. “No le va a pasar nada”, “¿Y luego qué le está pasando?” Marcó a una ambulancia. Paco aventó el dinero. Salió corriendo de su propia casa. El primo seguía delirando. No fue la primera vez que se le botó la canica a un junior. Con Paquito en el barrio cargando esa mierda, los fresas y el gueto del Salto tenían su mal viaje seguro.

Era un chamán de dimensiones que sólo él entendía o decía entender a porros de space. Su tía, que sabía lo de la droga, no dijo pío. El amor a su sobrino era infinito. En el cuarto de su tía había fotos de Paco en todas sus edades, menos de los diecisiete para acá, como si también ya estuviera muerto. Su tía de repente anduvo en las últimas. Paco seguía metiendo amigos pútridos a su casa. El patio era el mejor lugar, pero en la loquera nos metíamos a la sala, donde fuera, la tía se la pasaba encerrada. Y ahí nos tenían, rondando el cantón cual espíritus pegados a una bolsa de spuk, ¡loquear chingado!, con los churros rolando, las guamas que orinábamos en el baño que detestábamos porque no tenía foco y nadie se tomó la molestia de enroscar uno y poner un rollo: trozos de trapo manchados de culo cualquiera eran la alfombra. Cuando la tía gritaba, él salía con ella en brazos. Nos escondíamos en el cuarto, o en los muebles, entes temerosos pasándonos sin hacer ruido, la droga que trajéramos, imaginándonos las enfermedades de la tía rondando la casa cada que abrían la puerta del cuarto, que muy pocas veces la tenía abierta, con las fotos del sobrino a la vista. Hasta que Paco la regresaba a la cama, nosotros seguíamos con la fiesta fantasmagórica. Ella se quedaba sola, al acecho de las fotos de Paco. Parecía que ambos se veían como muriendo.

Paco llegó a mí casa. “Quiero llorar. Mi tía se murió”. “Llora”. “Es el pedo, no puedo”.

Estaba fumando un porro de space tirado en su cuarto. Del otro lado de la puerta la tía gritó su nombre. Paco no podía levantarse. A duras penas sus dedos tiesos podían arrancarse la bacha de la boca. Su tía gritó más enérgica, añadiendo que el olor de la casa era espantoso. Se puso a rezar y corrió a unos supuestos seres que tenían el hogar oliendo rancio. Sé que los entes éramos nosotros en la loquera y el rancio aroma era del baño y de la tía misma que Paco no bañaba. También olía a que nos cogimos a unas suripantas. Paco contó del uno al tres y se dijo: “Cabrón, tú puedes”. Se levantó, sintiendo su caminar sobre un pantano. Dio un paso, luego otro, abrió la puerta y con la misma se apoyó para abalanzarse. Quedó recargado en un muro que dividía la cocina de la sala. Sintió el retumbar de su corazón, como queriendo atravesar su pecho. Se lo tomó como para evitarlo. Se sentía bajo una gravedad que podía derribarlo si no se afianzaba al muro. Tenía a la tía enfrente. Creía que era una sábana. “Con lo que haces, te mueres mañana”. No podía mover la quijada. Quería explotar en carcajadas a manera de respuesta. Se quedó intrincado. Ella lloró recargada en el marco de la puerta, moqueando y sorbiendo. Dijo que miró el foco y parpadeó. Ambos se dieron cuenta, hasta su tía que cubría el rostro con ambas manos. Se las quitó para mirar a su sobrino quien también la miraba a ella. Volvió el parpadeo del foco. Paco lo miró y al instante se fundió. Su voz le amenazó: “Eh, y a la próxima vuelo”. Metió la mano para prender el foco de la cocina. La tía estaba en el suelo.

Esa noche llegamos a su casa. Había mucha gente. Era su familia. Nunca le habíamos visto con personas no podridas. Esa noche murió su tía. Ni dimos el pésame. Nos corrieron, luego marcaron a la policía. Se la saben: tenemos linaje de perro: chichimecas.

Dicen que la tía estuvo mal atendida. Cuando loqueaba la banda, y no estaba Paco en presencia, decía que él la encajonaba. No sé si era cierto. La tía antes de morir dijo que la casa era de Paco. Si ella se arrepintió, nadie lo supo.

Paco reclamó lo suyo.

Me da ñañas imaginar me el fantasma de la tía rondando. Nadie parece tranquilo hasta que demuelan todo. La otra vez entró la policía. Paco estaba spuk, pegándole a un tambor y gritando versículos de la Biblia en un megáfono. Algún vecino habló a la policía, quien llegó a la casa tumbando la puerta. Esa noche y la siguiente Paco durmió en los separos. El carnal salió. Otra perorata de su familia infartada por lo ocurrido con la casa y lo descuidado que tenía a su tía. Estuvo anexado un par de días pero se fugó. Volvió y se encontró a la Paloma con la Chela. Se habían brincado y ya tenían un laterío por el suelo. Él sonrió cual niño. Las fiestas seguían. La pintura chorreaba. Marranarse era praxis de su vida.

Cuando el negocio se vino abajo y el spuk se puso en alta, trabajar no le pareció la mejor idea. Alguna vez quiso rentar la casa a unos estudiantes. No funcionó. Veían la casa y se iban, padeciendo como una mala broma. Sobrevivía de lo que la banda le daba. Su papá, antes de correrlo, le daba dinero cuando lo encontraba en su casa. Paco robaba algunas cosas que terminaban en casa de alguien más a cambio de una noche o un bajón o un algo que apendejara. Para comer iba al comedor de la iglesia que estaba a la vuelta de mi casa. Las chicas spuk ya no se le despegaban desde entonces, par de niñas okupa, igual de echadas a perder. Los tres se hicieron pareja.

Dicen que tuvo buenos empleos. Traducía a una compañía de inglés al español, a veces ganaba dinero con la guitarra en fiestas para sus tías de la Unión Femenina de Mujeres Católicas de Mé-

xico. Los masones lo mantuvieron hasta que también lo dejaron en el naufragio por ganchado con la pintura. Ahora entras a la casa y parece La Sede de la Paz, donde alguna vez residió el ex-presidente de México y rector de la Universidad Universo: Adrián Rodríguez. Está vacía. Las paredes llenas de graf. Los pocos muebles están rotos, las puertas caídas y una batería al fondo, en la última habitación, con el bombo reventado y los platillos aboyados, las baquetas arrumbadas partidas por la mitad. Da vértigo todo luciendo escombros. Su tía está en mi cabeza, yendo y viniendo, resbalando las zapatillas en el piso y cocinando platillos saludables. De eso nada queda. Paco me desconcentra porque se rebanó el talón con un vidrio que ya tenía días en el suelo. Las chicas ríen de eso. Nadie se ha bañado en tiempo y se nota. Paco se lava la sangre del pie. Las chicas se besan y deslizan sus manos dentro de sus pantalones. Se la pasan picándose la entrepierna una a la otra, sin pudor a que las miren. El rave reinó con delirio el día que la tía de Paco murió.

Fresco acaba de llegar y Terco se fue con las chicas. Paco y yo nos quedamos con él, quien saca de su mochila un porro grande. Lo fumamos. Paco pregunta por sus niñas. Toca la guitarra y canta canciones cristianas. Golpes a la puerta. Abren. Es una señora. Dice que vio el anuncio de que se venden figuras de santos. Fresco ya estaba en el patío terminando el porro. Paco tardó en reaccionar. Repitió: “Aaaaaah”. Se levantó. Corrió la cortina de un muro de la sala y en vez de verse a la calle, por la ventana y su protección, se vio hacia dentro de un cuarto oscuro. Paco se pasó entré los barrotes más anchos. Me pasó las figuras de un nacimiento. Se brincó de regreso. “Son esas”. Desde afuera, la señora nos veía como a un programa de suspenso. “¿Cuánto por todo?” “Trescientos”. No tar-

dó en sacar la lana. Volteó a la calle e hizo un ademán de cabeza. Un chavo llegó y en una caja metió las figuras. Se fueron. Un carro se escuchó apartarse. Cerró la puerta. Sonriendo se quedó con los billetes en la mano. Salimos al patio. Paquito sacó otro porro y dijo: “Festejemos”. Así lo hicimos. Me tocó prenderlo, un toque y tosí el humo. Cagoteé al Paco luego que me dio el hornazo a varilla cortada, plástico quemado, space. “No mames”, me arrebató el porro y se empezó a prender de él, luego se lo pasó a Fresco, quien también aplicó la misma. Empecé a debilitarme y me quedé derribado en la basura de meses y el vómito que no supe cuándo se me salió. No recuerdo las drogas que han habitado mi cuerpo, y no importa, estoy tumbado y tengo ganas de morirme. El corazón quiere salirse. Me tamborea la espalda. Es lo que me tiene de los pelos. Ellos intrincados. Paco aún fuma. “Taaaaaa”, gritó al cielo. Dijo que teníamos que cavar un pozo para una alberca y sí eso se hacía, no íbamos a morirnos. Fresco, acalabrado, tomó la pala que estaba por ahí y empezó a hacer el pozo. Era seguro que no quería morir. Paquito le miraba. Yo ya estaba muerto. Los movimientos de la pala se fueron haciendo más lentos. Paco tiró el vómito y dijo: “Ves, préstamela, no quiero morir”. Cavó. Fresco metió la idea de que probablemente encontrarían un tesoro. Paco dejó de cavar. “Lo repartiremos en tres, aunque él ya esté muerto”. “Perfecto”, y siguió escarbando. Lo hizo hasta que pareció cansado. “¡No, ningún tesoro, vamos a sacar a mi tía y cuando vea su casa se volverá a morir!”

Paco ya no tenía muebles, pero las chicas seguían con él. Juntos se lanzaban por el Salto, peregrinando y pidiendo para latas. Para comer. Caían al comedor con toda la banda: indigentes, inmigrantes que recién bajan de la bestia, viejitos solitarios. Con el

tiempo, el padre de la caridad también lo abrió, al punto de que le negó la comida. Plakas le dio con el puño y le dijo que nada más iba a tumbar y ni las cobijas de carne prestaba. Ese fue el pedo. Paco se enemistó con la banda porque querían a sus morritas. Él las amaba. Un carnal intentó acostarse con ellas, pero no quisieron. “Paco es el padrote y no está”, fue como se argumentaron. Un día, las chicas lo dejaron. Dicen que el padre de la caridad se las cogía. Cuando el carnal se enteró, cayó y apedreó las ventanas de la iglesia. Nadie, ni la policía supo quién fue. Las chicas spuk lo abandonaron y remataron el martillazo cuando le dijeron que buscarían al que sacara la loquera. Se puede decir que Paco lloró por primera vez.

Sus papás lo encerraron está mañana en una granja a las afueras de la ciudad. Su casa ahora la tiene un familiar de Monterrey. Tocan la puerta, abro y es Paco, que ahora tiene el hocico en mi refrigerador. “Eres mi mejor amigo y tengo que confesarte que ya estoy muerto”. Pregunta por las princesas. No sé qué decirle. Me voy a la puerta y miro por el agujero y espero a que llegue el putazo.

Adictos limítrofes

El mundo está en manos de las mujeres. Si quisieran exterminar el género masculino, basta que dejen de reproducirse y esperar a que el último varón se extinga. Si nos ponemos a analizarlo, hay muchas maneras en que el sexo femenino puede acabar con el masculino. Esa decisión la debatirán en unos años las mujeres que nacen hoy, ayer y mañana. Con la publicidad llena de contaminación obscena, con suerte, será la generación vulgar. No sé cómo serán las mujeres cuando yo tenga noventa, pero las de ahora, todas o su mayoría, llevan en la experiencia el reventón, la sexualidad, el vicio y los medios virtuales. Son cosas que me he puesto a reflexionar en el camino, trepado en la cajuela y viajando a otra parte del país. A veces de extremo a extremo, escondiendo mi cuerpo en andrajosos trapos que sirven como ropa y con una mochila llena de crayolas, lápices, plumas, marcadores, chinolas, y otra clase de utensilios para pintar FLUYE. Cosa que vengo haciendo en los últimos años de mi vida. FLUYE no es vandalismo, tampoco es arte. FLUYE escrito en la pared de todos los barrios de México es una experiencia de vida que me aleja de todo y a la vez me acerca. FLUYE no es escapar sino integrarse, no es correr si no mirar y adaptarse, comprender y, sobre todo, moverse. Los que me miran como si me tuvieran asco son esos que se ven a sí mismos. No intento ser el reflejo de nadie, sólo me gusta permanecer de pie, vagando de un lado a otro. Quedarme en un lado o en una ciudad es como enjaularme. Vengo de Durango y la neta las mujeres están bien prendidas. No sé cuánto tiempo duré ahí. Cuando llegué todavía era de día, venía subiendo del caribe. Tiempo antes ya había pasado por Durango. Lo que me atrae de ese rancho es que tienen

buenas bandas y la raza está impuesta a ir a bares a escuchar bandas locales y cantar sus rolas. Comparto el porro con los artesanos de las callejas principales del centro. Muchos llenos de buenas historias y no se diga de su trabajo. A veces intento compartir idea con los malabaristas que andan por todo México, haciendo escena en el semáforo. Acá como en pocas ciudades dan chance de trabajarlos. A veces me gusta ir con la bandita punk que trabaja las latas en la plaza principal. Esos carnales me pasaron el tip para okupar el cuartito. Todo eso me traía recuerdos de mis primeros pasos por Durango. Venía llegando y al primero que me encontré fue en el que menos estaba pensando. Este vato desde que me acuerdo de él lo he topado chakaleando a la banda. Ya se sabía que algo de esto iba a ocurrir. Ahora usa muletas, dice que hubo un pedo hace unos años y le tocó un disparo en la pierna. Tiene que andar en muletas todo el tiempo, arrastrando la pierna muerta. Me pide una chela. Pienso en que ni yo tomo. Le dije que me iba a dar un rol para talonearle y al rato lo buscaba para invitarle una. Me fui a rayar vidrios, paredes, anuncios, todo donde quiero que vaya el FLU-YE que la gente tiene que descubrir para afrontar su naturaleza. Abajo las hipocresías y que se exhiba lo que somos. Pienso que los humanos, el trato que tenemos con el otro hay que llevarlo hasta al límite. Ser limítrofes nos deja exponer al real que somos y que llevamos dentro. Mientras no conozcamos de límites seguiremos siendo hipócritas. Me anduve perdido un rato, y la verdad era que en ese momento no necesitaba talonearle. Traía las monedas suficientes para sustentar mi estómago. Ya me iba rumbo a los cuartos, y si no se armaba, le caería al okupa que tienen los punks. En lo que menos pensaba era en el tipo de la pierna madreada cuando ya se hacía de noche y de entre el centro de la ciudad me salió al

encuentro. No lo pude evitar y lo primero que me recordó era que le había prometido una chela. Pensé en los pesos que traía y le iba a decir que no, que yo seguía mi camino, cuando me dijo que no había pedo, que en su casa podía quedarme, que si yo quería, le podía marcar a un par de amigas. No creí que algo de eso fuera a concretarse. Si no le creí que tuviera casa, menos que tuviera amigas. Entre los dos compramos una caguama. Estábamos dentro de una cantina, con el envase negro dividiéndonos. Sacó el celular y se puso a mandar un mensaje. Volvió a con su mirada loca y siguió contándome cómo había quedado cojo. Resulta que en la época del narco, el Comix andaba jalando para el cártel. No vendía ni transportaba. Su jale iba más allá de avisar por radio lo que ocurría en la calle. El carnal iba directo a putear gente. Los que debían, los que caían mal, los mocosos, los habladores, los rateros, los que estaban dentro pero estaban chingando al patrón. Entonces era el que tumbaba a los narcos. En una riña le sacaron la fusca y en vez de darle en la cabeza, le dieron en el pie.

En nuestro alrededor de cantina todo es podredumbre. Entramos a donde la cerveza es barata porque somos lo menos indicado para pagar altas cuentas. Hacemos otras cosas para no pagar. Muchas veces tienen que ver con el robo. Pero hay que evitarlo, después uno anda cargando mucha vibra pesada. Los borrachos se caían en un lado nuestro. Los meseros los levantaban y eran pateados a la calle. Durango es chico, y estos llegan hasta con los ojos cerrados a su destino. No hay mucho por dónde ir y estábamos aquí, encerrados, yo sin saber qué decirle a este tipo, sólo esperar a que se hiciera de mañana para irme. Si Durango va a ser este loco todo el tiempo, mejor me largo para Mazatlán. La caguama se la estaba tomando él solo.

A mí me había dado sueño. Dejé de poner atención a lo que me decía y me imaginé caminando solo hasta el cuartito. Me paré al baño, pensando que al regresar le diría al loco que me iba. Cuando regresé, estaba el Comix con tres morras y un bato acompañándolo a la mesa. El envase estaba vacío. Los cuatro me miraban con sonrisas maquiavélicas. Las chicas fueron las primeras en hablar y con una expresión de aburrimiento dijeron que nos fuéramos a casa del Comix, ahí la pasaríamos mejor. Fuga. Afuera advertí que tendríamos que comprar más caguamas. Una de las chicas me respondió que eso era para ricos, los pobres robaban y bebían Tonayán. “Esto se va a poner sabroso”, me dije y nos fuimos al expendio. Pedí un litro. “¿Uno?”, rectificó con burla otra chica. “Somos muchos”, y reclamó el galón. Yo pagué. En el camino, las chicas venían riendo, abrazándose y celebrando el botín de golosinas que se sacaban de las bolsas de sus chamarras. El festejo se trataba de reír por todo y meter las manos en las otras chamarras y así todas terminaron saqueadas por ellas mismas. Se pusieron a repartir los dulces. Para este avance en la caminata, yo les recordé que habíamos olvidado la mezcla de la bebida. Una de las chicas me mostró unos sobres de Tang. Olvidamos lo que dije. Había lo necesario para pasarlo bien. Mejoraron mis ánimos porque ahora sabía que la casa y las mujeres eran de verdad. Esto se volvía la historia de las hadas. Eso significa que siempre hay final y es feliz.

Entramos a un condominio de muchas habitaciones pequeñas. Subimos unas escaleras entre malandros que se pasaban el churro y grafitis saturando las paredes. Tres pisos y al fondo estaba el departamento. Adentro no había ni un mueble. Mucho periódico en el piso y tapando la única ventana que había en los dos cuartos

y el baño. Las chicas prepararon la bebida. Esas tres sexis eran el terror. Deschongadas, una con rastas y su vestimenta muy punk, las otras andaban pandrosas. Todas venían del mundo de la psicodelia, las tachas, los raves y el ponche lisérgico. En una ida que hicimos a la cocina el Comix y yo, me dijo que íbamos a hacer un jueguito con ellas. Lo que se nos antoje, y no porque nosotros lo demandemos, sino que ellas lo esperan. Yo, feliz, rayando la casa, abrazado de una y a ratos de otra. Lo que ya no me cuadraba era el tipo que llegó con ellas. No hablaba, bebía muy poco y se la pasaba con la mirada al suelo. La chica con que iba estaba muy animosa, y no se le despegaba. Hacían buena pareja. Ella intentaba estar con él y abrazarlo. El chico que nunca dijo su nombre no estaba en su mejor momento. La punk sacó unas rayas que todos, a excepción del silencioso, respiramos. Con esa madre y las morritas, se me paró. En el coto y el baile, se la arrimaba a las tres. Las tres se dejaban. No fui el único. El Comix ya no soltó a una, se la quedó y frente a nosotros le empezó chupar las tetas. La chica se metió al baño con su vato y yo me quedé con la otra, chupando nuestras lenguas. Todavía no nos las cogíamos cuando la chica abrió la puerta de putazo. Me prendí, estuve seguro de que venía para que hiciéramos el intercambio. Pero el rostro del carnal al escuchar la voz sigilosa de la chica me hizo saber que algo no iba bien. Los dos, preocupados, se asomaron al baño. Se me empezó a bajar la cosa. No tardaron en apartarse con la cara más mal viajada. Quise sordearme y continuar con la chica, pero me hablaron. Algo estaba raro con el tipo que la chica acaba de conocer y que ahorita, antes de coger, se la sacó. “¿Verdad que a los hombres no les baja?”, me preguntó para cerciorarse de que en efecto, no, a los hombres no nos sale sangre a menos que alguien nos parta la cara. El chico se

masturbó. Lo que salió en seguida no fue semen o meados, sino sangre. Un desconocido se desangraba por el meato y nadie podía hacer nada para evitarlo. Me subí los pantalones y me asomé al baño esperando no encontrar a alguien muriendo. El tipo estaba sentado junto a la taza, sosteniéndose la verga con el rostro horrorizado. Lo primero que dijo al verme fue que nunca antes le había pasado. Me miró a los ojos y me pidió que lo ayudara. Vi su mirada y luego su verga llorando sangre y menos supe qué hacer. Volví con los locos. Nos pusimos a discutir entre tragos de Tony y resolvimos llevarlo a la farmacia de la esquina. Ahí vamos, prendidos, tarde, cargando en la oscuridad a un tipo con una toalla en la punta de la erección para atorar el salidero. La suerte fue encontrar a un médico adormilado en su escritorio. Apenas le vio la sangre, se despertó para acostarlo en la camilla. Para entonces, nosotros estábamos del otro lado, en el punto de origen, nada más cinco. Tres mujeres alocadas y nosotros desnudos, compartiéndolas. Ellas no fueron forzadas a nada, reían, se divertían de que estamos a punto de llorar por tanta mujer.

Los Corruptibles

I

El Atraco

Pancho y Kiki son judiciales de La Pequeña Ciudad. Su uniforme es vestir de civil. Les gusta llevar camiseta de colores chillantes que usan con el pecho descubierto, donde gordas cadenas se enredan con sus vellos. En las manos traen manoplas de pesados anillos; plasta de gel en la cabeza para aplanarse el cabello. Se ocultan los ojos con lentes Ray-Juan y llevan la cara lampiña. En sus fundas llevan un par de pistolas sin usar. Van manejando hecho madre por el bule. Estacionan la troka atrás de un abastecimiento que surte las veinticuatro horas. Hay más camionetas. Bajan. Saludan a los ahí reunidos. Son judiciales. Se sabe por su similar uniforme y su intenso aroma a perfume. Sacan a flote los acontecimientos: robos menores de chamacos que se mean cuando los agarran. En La Pequeña Ciudad no ocurren cosas interesantes: carros volando en llamas, persecuciones en helicóptero, coaliciones con superhéroes para combatir alienígenas destruyendo la ciudad: nada. Ni puta pizca de acción en los atracos que motive a la adrenalina de la ley. Falta para que los juras apañen a las ratas tras una persecución con tiroteo entre techos y bardas. Eso no significa que La Pequeña Ciudad sea el lugar más seguro en el globo. Hacen coperacha y con el dinero van a la parte de enfrente del establecimiento. Piden cerveza. El chico que atiende dice que ya no es hora de venta. Desde hace unos días, la gente pregunta por el que atendía el establecimiento. Se ha ido. Él y toda su cuadrilla ya no están. Otras personas atenderán desde hoy. Kiki ríe con esa boca chueca que se le quedó de cuando le dio la parálisis facial por salir calentito a donde estaba el frío. Saca la placa, un poco torpe de lo no impuesto. La mete

por la ventanilla donde despachan como si no bastara enseñarla por el cristal de la puerta. El chico la mira indiferente y vuelve a decir que no puede. Se voltea. Un jura mete la cabeza por la ventanilla e intenta extorsionar. Una señora se asoma por el estante de las papas. El tipo saca la cabeza y ya nadie dice nada. Regresan a la parte de atrás. Están encabronados. Uno tranquiliza la situación cuando saca una botella de debajo del asiento. Todos beben del pico. Sacan sobres con polvo y arman rayas en el asiento de una camioneta. Hacen fila para inhalar, otra ronda de un trago y otra raya. Da calorcito. Les suda la frente. Quieren cerveza, pero en La Pequeña Ciudad no encuentras después de las once. Están aquí porque son las afueras y antes les vendían. Entrados en ambiente, ven la puerta negra de aluminio que está frente a ellos, por donde meten la mercancía.. Se ponen de acuerdo en que van a entrar dos. Pancho y Kiki se montan un pasamontañas. Una patada abre la puerta y entran con la pistola en mano. La señora está con el joven. Lloran por su vida. Los tipos ni los pelan. Se van directo a los licores. Llenan bolsas con las botellas caras, paquetes de cigarrillos y listo. Ni víctimas ni maltrato. Con el corazón acelerado, se montan en las camionetas y van al otro extremo de la ciudad. Ya les reportaron el atraco pero hasta ahora ninguno de los que escucha a Chalino Sánchez encima del cerrito se ha movido para atenderlo.

II

El Apañón

En el rol me acabo de topar a un vato que le dicen Gordo. Toca el yembé. Yo danzo prehispanica, descalzo. Cotorreamos. Fumamos. Teníamos hambre y calor. Nos tendimos nomás para sacar el almuerzo. Me gusta más trabajar solo, danzar musicalizado con sonajas atadas a los tobillos. También sueno el caracol y prendo

incienso. Yo le doy más en plazas. Como siempre, primero pido permiso al tambor, luego al suelo, a mis pies. Sentía el piso muy caliente. No me estaba concentrando y eso que soporto el calor. Yo digo que era mi estómago vacío. El pedo fue del pinche Gordo. Un vato que andaba en una camioneta de lujo se paró cerca de él y le dio un quinientos. Sentí envidia porque yo levanté puras monedas. Cuando me le acerqué, me enseñó el billete. Dijo que me daría la micha. Eso tranquilizó, porque yo me hubiera clavado el varo. Nos quitamos y fuimos a feriar. Caminamos por una zona a la que no había entrado. Es la segunda vez que paso por La Pequeña Ciudad. Nos metimos a un téibol. El Gordo pidió una cubeta. Nos chingamos la botana mientras unas señas se discutían el baile en un tubo. Empezaba a llegar gente. Torcí que alguien fumaban piedra. Mi compa sacó un porro después de que se llevaron los platos. Dice que no siempre se puede hacer de todo en los congales, se calienta el cuadro y hay que desafanarse. Entraron dos judiciales. De volada los distinguí por cómo andaban vestidos. Se sentaron cerca de la pista. Algunas chicas los saludaron. Les pusieron una botella en la mesa. El Gordo estaba de risa de los juras, y es que sí se veían bien mamones, pero había que andar con cuidado. Ser más discreto. Este guey no dejaba de verlos y reírse. Le dije que tirara al león. No entendió. Se creyó el chido y mira lo que pasó. Nos echamos la última biela. Nos esperamos un rato a ver si ganchábamos una chucha. Ni una nos hizo iris. En la calle, apenas dimos vuelta, los juras nos cerraron el camino. Se bajaron apuntándonos a la cara. Iban cubiertos con pasamontañas. Nos apañaron. Ni corrimos. Las leyes de otros uno las ignora y si la cagas, les vale hacerte de agua. Somos tan fáciles de desaparecer que parece que no hemos aparecido. Llegamos a una ratonera que

llaman comandancia. El vato que nos recibió estaba en su escritorio, con un popote metido en el foso de la nariz, tragándose una línea de coca. Volteó a vernos. Volvió a agacharse para tragar con la otro fosa. Hizo que firmáramos unos papeles. Me mandaron a una celda con toda la banda y al Gordo se lo llevaron aparte. No supe a dónde, pero todo el tiempo escuchamos sus lloriqueos. Salimos. Treinta y seis horas marcadas en el bote. No nos dieron de comer, a penas agua, pero para darme un trago espere a que un cabrón que me traía en chinga se quedara dormido. Todos en el suelo, cobijados con un cuarto húmedo de orines, oloroso a pedos que gorgorean en el culo de los gordos, de los que te ensalivan la cara cuando hablan a gritos porque están borrachos, saliva rancia y actitudes eufóricas en una jaula. Tienes que ponerte al tiro. Se te aparece el diablo. Mucha de la banda que topas dentro se ve que ahí se la viven. Es su territorio, y son los diablitos de ese terror psicológico que son los separos. El Gordo andaba madreadísimo. Se quería regresar con su jefa. Es del norte. Que el universo lo ayude, yo me voy para el caribe.

El Jilguero no se acaba

Jacob Recinos Gallegos nació en Chiomusuelo, Chiapas, en 1942. Era de origen campesino. Su padre, hombre de campo, cosechó caballería y media de diferentes frutos. Levantó una casita de palo y paja y comenzó a formar una familia. Jacob se crió cosechando naranja, café, mango, zapote y más delicias de las que esa tierra daba. De eso, hace como cincuenta años, pienso, mientras meto los pies a su casa. Él estuvo en la preferencia de su padre a la herencia, y cuando murió, no le dejó más que el oficio de agricultor y cazador. Heredando todo al hijo mayor, de apenas diez y ocho años.

De los seis varones, él fue el más chico, y entre las tres mujeres, le tocó ser el penúltimo. Su hermana, la menor de todos, vivía en Puebla y el hermano que le seguía en edad, en Chiapa de Corzo. El hijo de este, era el único que de vez en cuando visitaba a Don Jacob para ayudarle en algo. Don Jacob, vivía en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en compañía de su hijo Elam, de cuarenta años, quien se dedicaba a acompañar a su padre día y noche, bajo la casa que construyó. Con los años fue modificándola con adobe, bajarec, horconadura y paja. Jacob fue de la preferencia a heredar porque a los seis años, sembraba igual o mejor que su padre. Sus hermanos ignoraban la agricultura, gustándoles pasar por vagos, y sus tres hermanas no salían de casa, ocupándose en aprender lo que era el hogar. La sierra y la vida ejidal, les enseñaron que para comer carne había que ir por ella uno mismo. Fue como a la edad de seis años, él y sus hermanos salían a la sierra con pistolas y morrales. Los hermanos, siempre clavados en el juego, niños que querían ser niños, jugando a apuntarse, desperdiciando los tiros en atinarle a

los árboles, o disparándole al cielo, creyendo que lo podían echar abajo. Jacob Recinos Gallegos, también conocido como “El Jilguero del sureste” le había dicho adiós a la escuela sin conocerla, a lo seguro, fue directo a trabajar la vida, como los hacemos los animales políticos, toda comida cuesta un trabajo. Llegó a los doce en edad, declarándose estudiante que aún seguía aprendiendo a sobrevivir a los trotes que da la vida cuando se le dejaba venir encima con pisada de mastodonte.

“El Jilguero” tenía doce años y en las mañanas, si no había a qué asomarse al campo, se iba con un rifle, su morral con un botellín de pozol. Subía la sierra, cuando lo hacía solo, bajaba con armadillos, pavas o cualquier cosa que cupiera en el morral. Cuando subía con sus hermanos, bajaban con animales más grandes, ya fuera un venado, un jaguar, un tigrillo, o cualquier cosa que pudieran bajar entre los tres, si no, no costaba la vuelta y el soporte de todos. Pero de eso como en el cincuenta y cuatro, cuando, asegura “El Jilguero”, había animales que llevar a la mesa.

“El Jilguero del sureste”, le dicen quienes le ven pasar por la calle de su colonia, o los que le escucharon por el radio, dando la hora cada hora y después de decirla mandaba un saludo y silbaba imitando al cenizolte o a otras sesenta especies voladoras y unos cuantos mamíferos. De eso hace tres años, cuando su esposa aún vivía. Con setenta y cuatro años, es lo que hace “El Jilguero” para comer, acercándose a las mamás que llevan a sus hijos y a quienes les imita un ave a cambio de una moneda y porque no, un ojito a las señoras, que bien merecido se lo tienen. También toca la harmónica y saca sus rolitas de José Alfredo, Antonio Aguilar y de los comitecos tropicales, Los ángeles de fuego.

Imitar aves fue un regalo de la naturaleza. De pequeño tubo todo el tiempo para conocer su alrededor y descubrir cientos de especies de plantas, arboles, animales. Veía a las aves meterse en la copa de los árboles, las identificaba y luego conocía su canto para después imitarlo. Su interés por los jilgueros fue tal que vi en él a un jilguero, mismo que imita aves muy a su manera como los otros jilgueros, los que vuelan. Bonito arte vino a explotar después de que dejó el rife a un lado hace muchos años. El mundo con el tiempo que se pinta no para de exigir, hasta que termina por tragarnos con sus dientes de tierra.

Dos mil quince. No hay animales en la mesa de “El Jilguero”. Alguna mosca para de vez en vez y para la trompa a chupar y luego largarse. También puede que una cucaracha esté habitando en sus astillas de madera. Me siento en una silla, frente a él. El sudor le escurre de la cara hasta el cuello y yo, dentro de la ropa, siento que llevo todo empapado. Hecho un vistazo alrededor y veo este hogar como un sitio a donde el tiempo viene a morir. Todo simula abandonado, como si los objetos se fueran acumulando uno encima del otro y estuvieran cobijados por una gruesa capa de polvo que nunca se va a quitar, sino a hacer más y más gruesa, hasta que cubra todo. “El Jilguero” se para y resbala los pies hasta la mesa que está frente a su cama. Remueve las bolsas y quita trastes. Toma una bola de pozol de cacao y la vierte en una jarra, entre las cosas busca cucharas. Los trastes le traen recuerdos y menciona a su esposa, quien ya tiene dos años de fallecida. Si alguien pregunta por su hijo, diremos que es como un niño que aún se protege en la espalda del padre. Para ambos, el tiempo dejó un día de ser fechas para ser el segundo del último día. Y así es como uno cuida del otro, renunciando a seguir el curso de la vida costumbrista. Ahora

viven resguardados entre un arsenal de objetos que no han querido mover, como Bacon con su estudio, a fuerza de voluntad recreativa. Acá hay un arsenal de todo, inclusive en su patio hay árboles frutales que sombrean la tierra y los objetos que la habitan, desde mangueras de diálisis, hasta un centenar de botellas de plástico que juran un día embolsaran para vender en el reciclaje. Salimos al patio, con unos vasos y una jarra. Nos sentamos en unas sillas de la Carta. Me mira y se ríe, siempre se ríe. Se toma los bigotes y mira al cielo, entre las ramas. En estos terrenos de la vida la voluntad es una hormiga secándose encima de la telaraña, que sólo tiene vida cuando por ventisca, se mueve la araña. Ahora, este hombre canta corridos mientras yo toco la armónica en las taquerías y otros lugares donde se colectiviza la gente. Y es por eso que ahora estoy en su patio, con la harmónica en el pantalón, esperando a que “El Jilguero” quiera empezar a cantar, normalmente eso siempre pasa después de que platicamos. Es la tercera vez que Elam, su hijo, pregunta que si un hobby es un pasatiempo. Tal vez Elam quiera un hobby, pero ni “El Jilguero” ni yo ponemos atención suficiente a lo que dice. Nunca lo hacemos. Hacerlo es volver a su infancia, a platicarnos de juguetes y su amigo, un tal Chapi, con quien una vez corriendo se le cayó una rebanada de pastel, después de que lloró, la mamá del Chapi le dio otra rebanada. Son varias las cosas que repite tanto, preguntas que con frecuencia dejamos en el aire para no contestarlas veinte veces.

Me da gusto que “El Jilguero” sea mi amigo porque es un tipo muchos años mayor que yo y puedo platicar de lo que sea, y además es un hombre que no supo lo que es ser un niño y disfrutarlo como tal ni añoró un parque dónde jugar ni se orinó de la risa, escondido para que no lo encontraran, y lo del pizarrón y

la maestra, es verdad que lo ignora y sobre todo porque aquí no hay vicio, si lo hubiera, esto sería grotesco y macabro, en el mejor de los casos, esto ya no existiría. Aunque eso no importa, porque bajo su sombrero de paja corroída camina un hombre que ha pasado achacoso los baches que pone la vida en el camino. Todo se le juntó en la adultez: la muerte de la esposa, el hijo patológico, su intoxicación de riñones, causa por la cual le quitaron una “ayuda” mensual denominada Amanecer, misma que el Estado le suspendió porque afirman, no se puede faltar más de dos meses seguidos, en tal caso, se las quitan. En Chiapas es muy raro que eso pase y cuando pasa es porque la persona murió, o murió alguien más o enfermó o enfermó alguien más. En Chiapas solamente la muerte te quita la voluntad de acercarte por una ayuda del gobierno. “El Jilguero”, por estar nebulizado, ni se acordaba de que tenía pensión, y ni en silla de ruedas pudo ir a recoger su “ayudita”, ya que nadie más lo puede hacer. Cuando salió del hospital duró nueve meses en cama, al cuidado de su hermano que aún vive y vive en Chiapa de Corzo. Cuando pudo andar, comenzó su vida con una sonda vesical, misma que se vacía en una bolsa negra del mandado, que lleva siempre colgando al hombro y que ahora la vacía en la tierra frente a mí. Sacude las manos y se acerca a los trastes y se pone a batir pozol. De vez en vez, suelta por la boca de cuando estando en las tierras de su padre enfrentó una pelea con su hermano, quien por accidente le disparó en el brazo. La bala le atravesó el brazo, logrando rozar su pecho, pero nada grave sucedió. Dice que mire, mientras me enseña una cicatriz por ambos lados del brazo. Se parece a la quemadura de un cigarro. Lugo se queda un rato a recordar, y no suelta la idea de su infancia.

De su infancia no mucho se le viene a la mente, recuerda que un día su padre despertó enfermo y murió hospitalizado una semana después. Nunca supo de qué. Se toma el mentón y empieza a echar cuentas. Se ríe para s. Dice: “Me acuerdo de...” Aguado las nalgas en la silla cuando me empieza a contar un recuerdo. Un día andaba en la pisca, unos vecinos nos ayudaban porque querían ganarse la comida. Su papá les pagaba con cultivo. Estaban en los cafetales y escuchó un grito muy feo. Cuando se acercó, su mejor amigo estaba librando una pelea. Su contrincante le dio cinco machetazos bien puestos. Lo recuerda arrastrándose por el suelo, dejando la tierra empapada en sangre, seguía arrastrándose en un intento por conservar la vida que sabía bien, le acababan de arrebatar. Llevaba un brazo alzado, con la mano desprendida por la muñeca sosteniéndose apenas con unos hilillos de carne y venas. Se sacó la pistola que traía metida en el pantalón y le grito desde los cafetales que ni intentara correr, la bala siempre será más rápida. Salió de entre las ramas, apuntando a la cara del que acababa de matar a su amigo, quien dejó de moverse. Se dio cuenta desde que vio en el cielo a los zopilotes merodeando en círculos encima de ellos. “Camínale”, y se lo llevó todo el monte, delante de él, apuntándole con el cañón a la nuca, hasta que llegaron a la comandancia, donde entregó al asesino. Cuando regresó a los cafetales, los zopilotes ya le habían sacado los ojos a su amigo. Cuando vieron llegar “El Jilguero”, huyeron en parvada.

“Conoces de la guerra de 1994”, dice sirviendo por fin el pozol que me estaba saboreando con el calor que nos asaba en nuestro propio jugo. “No sé mucho”, aunque estaba enterado de algunos sucesos.

Pasaban helicópteros llenos de gente muerta. Yo no creo que sean malos, como la fama que les dan en la tele. Su hermano, el que se quedó con todo, contrajo deudas de préstamos que empezó a pedir para costearse la vida. La familia siguió trabajando la tierra, pero no por mucho tiempo. Todo se fue al carajo cuando su hermano se sintió Dios en su borrachera, y un día los corrió a todos junto con la madre. Nadie aguantó y apenas logró juntar para un camión se largó a México a casa de un tío. Tenía quince años. Todos se fueron yendo, abandonando a la madre con aquel que seguía con las deudas. No pudo pagarlas y bajo una demanda vendió las tierras. Con el dinero se compró terreno en Altamirano. Ahí empezó a criar ganado para la venta de carne. Dos años antes del 94, los zapatistas mataron a todo su ganado a filo de bala en la cabeza. Su hermano y su esposa salieron corriendo. Los zapatistas recuperaron esa tierra robada y levantaron un caracol.

Su camión frenó en el estado de México. Ahí, se mudó a una vecindad con su tío. Aprendió a sobrevivir en la selva de concreto, trabajando en la venta de medicamentos casa por casa, todo el día, para como dicen, ganarse el sustento. Para él significó otro modo de ir a cazar y cosechar los frutos que habría de comerse cada que terminara ese laborioso ganarse el sustento, aunque a él se le hacía más un pedir limosna. Así pasó unos años hasta que se enteró que su hermana, la menor de todos, estaba viviendo en Puebla. Sin más decidió marcharse a buscarla. Sabía de los nuevos horizontes en su camino. Con ella se asentó un tiempo donde volvió al trabajo de vendedor de casa por casa. La agricultura se quedó como un buen y viejo recuerdo y le andaba haciendo al promotor. Cumplidos los veinte años decidió ir de visita con un primo a Tuxtla. Estando por acá, un día, antes de regresar a Puebla, el

primo le invitó a un casorio que se celebró en Chiapa de Corzo. “El Jilguero” aceptó retrasar su viaje e ir al festejo, donde conoció a su primera y única novia que resultó ser la hermana de la que se estaba casando. Regresó a Puebla solo, con la hormona vuelta loca. Sin romper ningún lazo con ella comenzaron una relación a través de cartas. Estuvieron escribiéndose durante dos años y todo terminó con un nuevo casorio en Chiapa de Corzo, donde se quedó a vivir un año. No había cultivos cerca para trabajar ni compañías de medicina, y cuando uno está casado cualquier cosa que se le de comer a la mujer está bien para que no se vaya con otro. Un día, cansado de vivir bajo el mismo techo que su suegro, se salió de su casa molesto también con su esposa. El camino le llevó hasta las orillas del norte de Tuxtla donde sólo habitaban algunas personas que cuidaban el ganado que pastaba por esas montañas vírgenes, donde según los documentos, él fue el primer habitante del exrancho, ahora colonia, conocido de toda la vida como Pomarroza. Ahí, entre el viento y la nada, “El Jilguero” sobrevivió al tiempo, con el sol aferrándosele como una mordida que no acabó con su vida.

“El Jilguero” toma asiento frente a mí y por fin bebemos pozol. Se remueve el bigote y afirma ser el precursor de traer agua a la Pomarroza con la ayuda de otros habitantes que con el tiempo se fueron acercando. Entre los varones, se encargaron tareas, cada una consistía en cavar una zanja de siete metros de largo por uno de profundidad. De ese modo lograron traer agua desde los canales del cañón del sumidero, haciendo dos kilómetros de zanja. Ahora hay agua potable y su zanja fue sepultada con pavimento. El arroyo que corre por la esquina es una ciénega que se vuelve basurero. Siguen pasando los años y ha tenido de todo en la vida. Fue celador y dice que en el tiempo que duró en servicio atrapo a diecisiete delincuentes. Hasta que se

empezó a hacer más vejo y con zonda es menos la probabilidad de integrarse al agotamiento que es la vida. Un día, caminado con su hijo estaba una camioneta del canal diez transmitiendo en vivo, se le ocurrió acercárseles. Es muy particular su presencia, y pidió permiso de tocar un par de canciones en la harmónica. Los conductores aceptaron y lo grabaron. Quince días después estaban tocando a la puerta de su casa, ofreciéndole un lugar muy significativo para su voz en la radio. Ahí conoció a un par de personas que le entrevistaron para la televisión y de dónde sacaron su seudónimo, también grabó un par de discos, donde describe varias especies de aves e imita su canto. Incursionó una vez en el cine bajo la dirección del chiapaneco Enrique Olvera en un cortometraje titulado Jardín de niños en el 2008. Pasó que “El Jilguero” nunca vio su participación porque después de grabado el corto el cineasta no volvió a aparecerse. Cuando me comentó dicho suceso, un día en mi casa, lo vimos juntos, por primera vez. Tiempo después lo sacaron de la radio. Ahora anda por la calle, como los jilgueros por el cielo, imitando aves por unas monedas.

Tira sus risotadas mientras se rasca un sobaco. Yo devuelvo el vaso y sacó la harmónica del pantalón. Lo miro y veo una casa que aún sigue ahí, al pendiente del tiempo y sus cambios drásticos, donde la vida avanza para unos, mientras para otros, ni se siente hasta que por azar te e detengas un momento frente al espejo y te preguntes quién eres, qué has hecho y cuánto tiempo ha pasado, así es como “El Jilguero” comienza a cantar “Paso del norte”.

Link del cortometraje:

<http://nucuproject.blogspot.mx/2008/11/cortuco-jardin-dn-fants-un-corto-de.html>

Cuando las momias vencieron al Santo

Primera caída

Estoy vendiendo en la librería callejera. Es la calle del Zapato y es el centro de Saltillo. Aburrido. Hoy es inicio de clases. Morros que estudian enfrente pertenecen a la preparatoria con el peor nombre que una puede tener: HUMOVA. Intento vender al que mira los libros. No atrapo nada. Estos estudiantes son enjambre bobo. Raro quién se fija en los buenos títulos que tiendo y mejor se ponen con su alharaca en el ancho de ambas aceras. Espero a que se desparramen cuando deciden irse. Intento leer pero el instinto me pega en la derecha y salgo de los brazos del libro. Lo reconozco, aunque nunca había visto ese estilo de gafas en alguien. Parece tipo rudo. Echa un zapato tras otro, patadas de punk al baile, como si en vez de pies caminara con mazos que nomás de verlos me tiemblan las rodillas.

El compa se llama Cedro, treinta y siete años, carga el equipo del trabajo que usa en la fábrica: casquillo en las puntas de los zapatos, pantalón cinco kilos de mezclilla, manchas de aceite en la casaca, casco, candados, cadenas, barba y greña larga. Toca cuatro instrumentos diferentes. Recuerda haber empezado con el teclado, aunque quería la batería. Su padre decidió después de informarse lo costoso que serían las clases de percusión. Para conformarle la inquietud musical, le compró un teclado chafa y en un puesto de revistas le surtió todo el stand de The Beatles que no dejaba de practicar. Un día, a los siete años, algo como un retumbar de corazón lo hizo elaborar su propia batería con ollas y sartenes de su madre. Tomó por sala de ensayar el baño de la casa. Golpeó con fuerza los trastes y de la tapa de peltre que amarró a la re-

gadera, un pedazo saltó en el ojo de su hermana menor cuando abrió la puerta alborotada por el escándalo. Se quejó y lloró. Carlos intentó sacarle el peltre. Sólo la lastimó más. En el seguro le avisaron a su madre que perdió humor vítreo y la forma cóncava del ojo quedó recta. Desde entonces usa lentes y nunca antes en su familia alguien los había usado. En la secundaria se metió a la rondalla y luego a la banda del templo, donde sus padres lo llevaban desde chico. Una vez prepararon una canción para la hora de pedir la ofrenda. Cedro convenció a sus compañeros de ensayar un rock cristiano setentero de un grupo llamado Generación de Jesús. Consiguió un amplificador con distorsión y se aventaron “Hoy, ayer y mañana”. Al terminar, el pastor criticó la música. Dijo que no era de Dios y que no quería que volvieran a hacerlo. Carlos, molesto y desilusionado por la actitud del pastor, abandonó la banda con todo y religión.

Un día, su madre le encargó tortillas para enchiladas. Por estar jugando Nintendo se tardó en hacer el mandado. Cuando fue, ya no había. Tuvo que ir a otra colonia. Ya con las tortillas, al acercarse a una casa escuchó música que se le hizo muy rara, algo que no conocía su oído. Estuvo de pie hasta que el responsable del ruido salió como para ver el sol. Al verlo le dijo: “Qué onda, vato, se te ofrece algo”. “No, nada. ¿Cómo se llama esa música?” “Black Metal”. Ese día conoció a un oscuro Dios. El tipo empezó a grabarle casetes que con ansia Cedro devoraba. Nunca se compró una batería, sabía tocarla, hasta tuvo una banda donde pedía una prestada, pero nunca se la compró porque sentía culpa por el accidente de su hermana. También tocó el bajo y aprendió a “slapear” porque no soportaba la idea de que ese instrumento no se identificara con el rock.

Además, le latía la onda de andar en moto y lo hizo por varias carreteras de la República. Con el ruido llegó hasta los bares de Colombia, pasando por varios de la República Mexicana. Emigrado de Monclova hace ocho años y con el ahora ocio de obrero, es bien prendido y lleva un collar como el que usaría un antiguo chichimeca. Es un colmillo de jabalí y a los lados tiene semillas y vertebras de víbora. Lo conozco de hace tiempo en esto de vender libros. El vato es herrero, oficio que aprendió en tres años viviendo en Estados Unidos, remodelando casas y oficinas. También hace herrería artesanal.

Se acerca y parece contento, energético. Tez bronceada. La vida cuando se nace en Monclova no te bendice con la sombrिता, mucho menos con el frío. “Qué onda”. “Está con madre tu collar”. “Este –toma el colmillo y lo observa– se parece a, ¿no supiste, verdad?”

Segunda caída

Mira cerrando un ojo y abriendo más el otro. Dice que fue el sábado cinco de febrero de 2018, en el bar Reforma. Viajaron de Saltillo a Monterrey en un tour hacia el bar metalero. Un amigo de Carlos rentó un camión de pasajeros que iba prácticamente lleno. Algunas treinta y cinco personas. Llegaron al bar. En el trayecto llevaban cerveza. En el bar, y con la primera banda, empezó a beber con más frecuencia. No recuerda con exactitud cuántas se tomó, pero sí recuerda que se encontró a un exnovio de su exnovia, el cual también había terminado mal con ella. Recuerda que le dijo sentirse triste, pues, aunque la cortó diez veces, cuando ella lo hizo, se le salieron las cosas de control. Estaba cerca el 14 de febrero. Se puso un suéter y al revisar una de las bolsas en la maleta notó que

traía entre sus cosas la máscara del Santo, el enmascarado de plata. La cual adquirió en un tianguis de Puebla el año pasado justo en una visita que hizo para tocar.

La máscara era especial. Cuando pidió el precio el vendedor le dijo que costaba mil ochocientos. Él las fabricaba y tenía varios luchadores clientes de su arte. En ese tiempo pensó que no era conveniente y descartó la posibilidad de tener esa máscara. No se rindió y preguntó por la más barata. Le ofreció la de doscientos. La comparó y dijo: “Mejor a la vuelta compro la otra”. Siempre que ve películas del Santo, Carlos se pone una máscara de imaginación. El vendedor sabía que era de mala suerte dejar ir vivo a un cliente. Se hizo el conmovido cuando Dávila Páez le dijo que era del Norte. Le pidió los doscientos y le dijo: “Llévate la que te gustó”. Así se hizo de una máscara perfecta. Se la puso. El bar era de dos pisos. Subió al segundo. Adentro, había desmadre y Carlos superhéroe empezó a tomarse selfies con personas que no conocía, en su mayoría mujeres. El ondeado no faltó. Habitaba la omnipresencia. Era joven, con la cara de bien emperrado. Carlos mejor ni se le acercó y le sacó la vuelta. Empujó a otras personas que le estorban que, a la vez, le sobaban la cabeza de luchador y lo estiraban para otra foto. Se zafó, continuó, viró y ya lo tenía enfrente: era el enemigo diciendo: “No soy luchador, pero sí te parto la madre”. Páez siguió la primera regla de toda arte marcial: resguardar su vida. Culeó alejándose sin antes demostrar su humor: “Tampoco soy y seguro sí me la partes”, le levantó ambos pulgares pero el vato no se alivió. Lo contrario. Su cuerpo se tensó más y los cachetes le temblaban. Una canción puso a todos en movimiento y pudo alejarse de ahí. Una, dos, tres, cuatro cervezas al riñón. Se tomó otra, otra y otra foto. Las poses no faltaron y esto más llamó

la atención de las chicas. Él mismo se sorprendió cuando en el baño se miró en el espejo y no quiso quitarse la máscara ni para secarse el sudor. Creyó que es la mejor inversión que ha hecho en su vida. La prefiere encarnada y hasta se le olvida un poco cómo es él mismo. El material le encanta y se parece a la auténtica del enmascarado de plata.

No queriendo se volvió a topar con el mala copa que llevaba una playera negra con el estampado fluorescente de una momia putrefacta, digna pieza del desquicio de una serigrafía de Yecatl Peña. Páez se sordeó. No sabía cómo y el tipo aparecía entre el gentío y le lanzaba un abrazo al estilo compadre. Lo jaló a fuerza de borracho contra él y lo besó, mascó, tragó y escupió dentro de su oído un: “Me la pelas”, tan claro y profundo. Respirar era el sonido del caos, tsunami de las fosas nasales, era lo que hizo y lo único que le ayudó a tranquilizarse para no enterrarle los puños en la cara. Se zafó más brusco. La ética del héroe era no lastimar al ciudadano. Tipo optimista, arriesgado, estaba en buena forma y le decían “El caníbal” en los tacos que había por su casa. También le decían “El tabernario” porque se rolaba por los bares más ruidosos del noreste. Nómada, prendido como sólo acá los pandilleros en cada esquina, en cada tope lo eran, donde leyendas de los callejones: muertos que quedaron en el angosto espacio manchando de muerte roja el adobe abandonado: códigos de cuando se conseguía droga: si te topabas un oso de peluche con los ojos extirpados, te sordeabas en corto, como si supieras que alguien desde algún lugar te estaba apuntando con su arma letal. Si el oso tenía los ojos, estaba asegurada la transacción, aunque seguro el peluche vio varias tragedias. En su barrio, Cedro también era muy respetado. Le decían “Tyson”. Ese apodo violento era por causa de un acto

bondadoso en un intento por alivianar a un compa podrido de cirrosis. Ese día él iba a pichar las caguamas. Vio a su amigo con lágrimas y mejor fue por unos tacos con Casiel, conocedor del kravmagá y el Castor, un punk pandroso que vivía también en la Chapultepec. No avanzaron ni dos cuadras de dicho barrio cuando el Castor se topó un Bocho, tuneado y toda la cosa. Se le quedó mirando y entre más le veía más se emocionaba por la belleza que para él representa la carrocería e interiores de un modelo 66. Intentó compartir con sus compañeros el gusto. En eso de la casa donde el carro estaba estacionado, un tipo salió y no traía playera: pandillero, tatuajes en brazos, cuello, cara y pecho; feos, mal hechos, verde mohoso. Muy bien le podían decir “Alien”, ectoplasma, moco. El Castor le echó bronca, quien dice que vivía cerca, e insistía en decir que el Bocho era bonito. Cumplido que el malandro tomó como insulto. Se empezaron a pegar un tiro. Rodaron hasta en medio de la calle. Cedro y Casiel se pusieron a separarlos. En eso de la misma casa salen diez, once, doce, trece cabrones igual de mandros. Se dejaron ir contra Cedro y Casiel. La remambamba comenzó. Carlos, instintivamente, con un vergazo ya tenía desmayado a uno, a la vez su compa del arte marcial, el que iba a salvar sus vidas, quedó en posición de Niño Dios y desde entonces ese es su apodo. Cedro se defendió, literal, contra más de doce personas, a puño limpio. Cuando se percató de que se defendía de todos ellos, ya había visto al Niño Dios desmayado y al Castor en el suelo, lleno de envases estrellados. Se levantó entre los vidrios y se fue corriendo. Cedro se sintió abandonado y no le aflojó, pero lo bajaron y desde abajo lo único que pensaba era huir, y lo hizo pecho tierra, abriéndose camino con los codos entre patadas y golpes que le daban. De pronto, llegó a los pies del que él desmayó. Se

arrastró hasta su cara y su instinto, antes de morir, fue morderle la oreja. El mordido vino desde el más allá, gritando y levantándose. Pobre si se fingía soldado muerto. Cedro se incorporó con un pedazo de oreja que apenas puedo escupir. En eso uno, dos, tres, cuatro, cinco malandros cayeron al suelo. El carnal del Casto, r en bat y calzoncillos, desde la banquetta gritó: “¡Salgan!”. Exigía a los que habían quedado de pie, y que se metieron corriendo a la casa. Joao pedía rendición de cuentas. Su hermano, el Castor, chorreaba sangre. Nadie salió. Francis Begbie de Transppoting no existía hasta que Joao subió al cofre del Bocho y empezó a destrozarlo hasta dejarlo peor que el Bonus del Street Fighter.

Tercera caída

Decidió sordearse. Sabía que era lo mejor. Iba a la primera planta a buscar a sus compas. Golpes atinaron en su rostro. Se cuadró y en el agresor reconoció al mal viajado. Sin pensarlo, terminó puteándolo. Lo amagó con una llave al cuello, con todo y máscara puesta le dijo al oído que se calmara, que para qué la hacía de pedo. Eso fue todo cuando patadas y golpes de quién sabe cuántos lo hicieron ir perdiendo la batalla, como si toda la multitud del Reforma se hubiera transformado en la mano violenta de una momia metalera mal viajada. Lo último que recordó fue que se puso en pie y se recargó en una bardita de la terraza. Estuvo hospitalizado y duró con pérdida de memoria cuatro días, al quinto, empezó a recuperarla. Dicen quienes estuvieron con él que era tan franco que intentó besar a su exesposa, y a su madre le dijo que no la necesitaba cuando intentó acomodarle la almohada y el cómodo. No recuerda nada de lo ocurrido en el hospital. Lo que él y los medios no vieron, pero los demás sí, fue que fue lanzado

de la terraza del Reforma, ubicado en la calle de Ocampo, en la zona centro de Monterrey, Nuevo León. Uno, dos, tres metros y su cabeza se estampó con una mesa de plástico. Un chorro de sangre le salió de un oído y el collar que llevaba puesto quedó junto a él, como si se lo hubieran reventado. Los noticieros locales hicieron una parodia de la tragedia. Una especulación de tipo pasional. La situación era confusa y por eso los medios dijeron que Carlos se intentó suicidar. A él no le importó. A diario una chica le mandaba una solicitud de amistad porque pensaba que era un romántico. No se sabe a quiénes le preguntaron del ¿accidente, hazaña de borracho? La policía no investigó. Los medios hicieron lo que quisieron. Milenio dijo en su emisión digital del siguiente día que un borracho se aventó de la terraza, además de su edad y nombre. Proyectaban un video donde se escuchaba la voz de una tal Cyntia Pardo hablando del tema y contaba de lo sucedido tras el accidente, que la gente salió alborotada del Reforma y eso originó que Elio también resultara con lesiones. Cuando la verdad fue que él era amigo de Cedro y cuando vio que su compa fue lanzado, de inmediato bajó corriendo y en el trayecto sus pies tropezaron. Eso originó que se quebrara la cadera. Fue trasladado en otra ambulancia. Info 7 dijo lo mismo: los demás parafrasearon al de atrás, como si el animal con las patas traseras rascara la tierra para enterrar la verdad, y si era que existía y estaba viva, hediendo oculta ,y por interés daremos con ella porque vendrá a nosotros a manera de cachetada, y si tenemos suerte, como una leve sacudida.

Polvo al polvo

No hace mucho llegó a Saltillo un poeta en busca de un lugar para descansar sus pies destrozados. Su vida es un peregrinar de juglaría. Va de un lado a otro ofertando su oficio. Poeta, ¿pintor?, es amoroso y público, un borracho público. Bello es toparte hoy día con un poeta vivo, porque la mayoría y los mejores se están muriendo, y lo seguirán haciendo hasta que el poeta se encuentre rodeado de extraños y será el extraño en el espejo.

Pertenezco a la generación que busca poesía a partir de 1950. Hastiado de reediciones a las vanguardias, libros que no niego poseer, pero tampoco niego que fuera de estos encontré la mejor poesía. José Carlos Becerra dice en *La mujer del cuadro* “Ya el tufo de la crucifixión no te hace taparte la nariz de niña, que no sabe nada, que no entiende nada... sabes que el dolor es un mensajero servil del infinito, aquello que miras despierta en ti misma como pequeños niños que se sientan al borde de sus camas esperando que vengan a vestirlos”.

Así es la belleza si se trata de poesía. ¿Cómo lo dirá Dante Medina, Carreto, Lizalde, León Felipe, Samuel Noyola, el sacerdote Jesús Tomé Ramos?, ¿cómo lo dirá el maestro Orlando Guillén desde su exilio mexicano?, y sí, corran a leerlo que mañana se nos muere, ¿cómo chingados lo dice el mismísimo Dios? Sepa y que nos bendiga de la sed y de vernos Diógenes en busca de la poesía.

Angelopolus, como a veces lo llamo para combatir la monotonía. Ha tenido sincordestino conmigo en los años recientes y para que sanara le hice un rincón entre libros viejos en una librería que a eso se dedica y es mi casa. Las mañanas entre libros se volvieron todo el universo para él y su tos mi canto de gallo. Canto poético

pero no profético. Voz aguardiente, sí, manjar incómodo y aberraciones a cada trago que se da es el pensar vagabundo de este hombre que se bebe a diario el sol en botellitas pequeñas a precios aún más pequeños.

Es la hermosa vida que eligió y en algo voy de acuerdo. Él es un largo aliento no de sermón ni escafandra. Un libro de viajes sí, de mujeres y recuerdos. Porque no tiene la obligación de venir a enseñar donde hacemos lo que queramos. Cristo tampoco enseñó nada y ambos son el tipo de persona que se eterniza con la presencia. Obra en sí mismos.

No los coloco en alguna corriente literaria. Sería como anudarle una soga de la viga al cuello. Tampoco lo comparo con Dios o con Bukoswsky, esto es más un canto festivo al polvo, a la vida y su andar, y aunque pesares, el poeta pobre es rico. Nada lo ata, sólo contemplación y una fila para conseguir botellitas: apenas la fuerza y las ganas de vivir para escribir y pintar más poemas.

No lo considero artista de acción, aunque en 1983 haya co-fundado El Orín, la galería de arte más interesante que ha tenido Saltillo por independiente y contemporánea, y por estar llena de juventud, porque si había un mayor, era él que tenía apenas veinticinco años. Eso cuando yo no nacía, pero esos recuerdos están muertos y para las acciones la cosa viva funciona mejor, y aunque se afirme artista conceptual, los únicos panchormance que me sé de este en la actualidad, son las discusiones con la chaviza y el intento por llevarse a las chamacas de los bares a su casa.

Para mí, esa es una acción suficiente de ser obra en sí mismo. Irreverente, irreversible poeta que también tiene confort, computadora no, está empeñada porque lo que tiene este como

libro, es que es muchas películas que protagoniza contra la vida, alcoholizado, como los profesionales, porque este canto aguardiente es para la sociedad que si no tiene un vicio, no pertenece a ella, sí, tú, si ya fuiste mejor, deja hacernos polvo con esto que será polvo. Sabemos que la provincia es el polvo que llevamos en los dientes, una lluvia de pedradas, apenas unos aplausos antes de que el polvo nos eternice.

Índice

Los Infames y otras derrotas en el páramo	5
Música para explotar la corneta	11
Cadáver de chico	14
Variaciones de una conversación.....	19
La amistad es un chulo que te pincha un poquitín para que no sufras	21
A tus perros aullar esta noche	24
Huye, siempre huye	32
Elogio a la navaja.....	35
Ruta.....	39
Cándela y mequetrefes.....	45
De Galeano, mejor el coto con Morrison en su tumba.....	48
Zipolite no es el paraíso.....	52
Ventana que aluza una boca.....	56
Ago-biarte	59
Asesino de recuerdos	61
Limosnero	63
Llorar pintura y amarse entre latas	65
Adictos limítrofes	74
Los Corruptibles	80
El Jilguero no se acaba.....	84
Cuando las momias vencieron al Santo	93
Polvo al polvo	101

No se lo cuentes a nadie
se terminó de imprimir
en Infocolor Impresores

Se utilizó la tipografía Adobe Caslon Pro.

El tiraje fue de 500 ejemplares